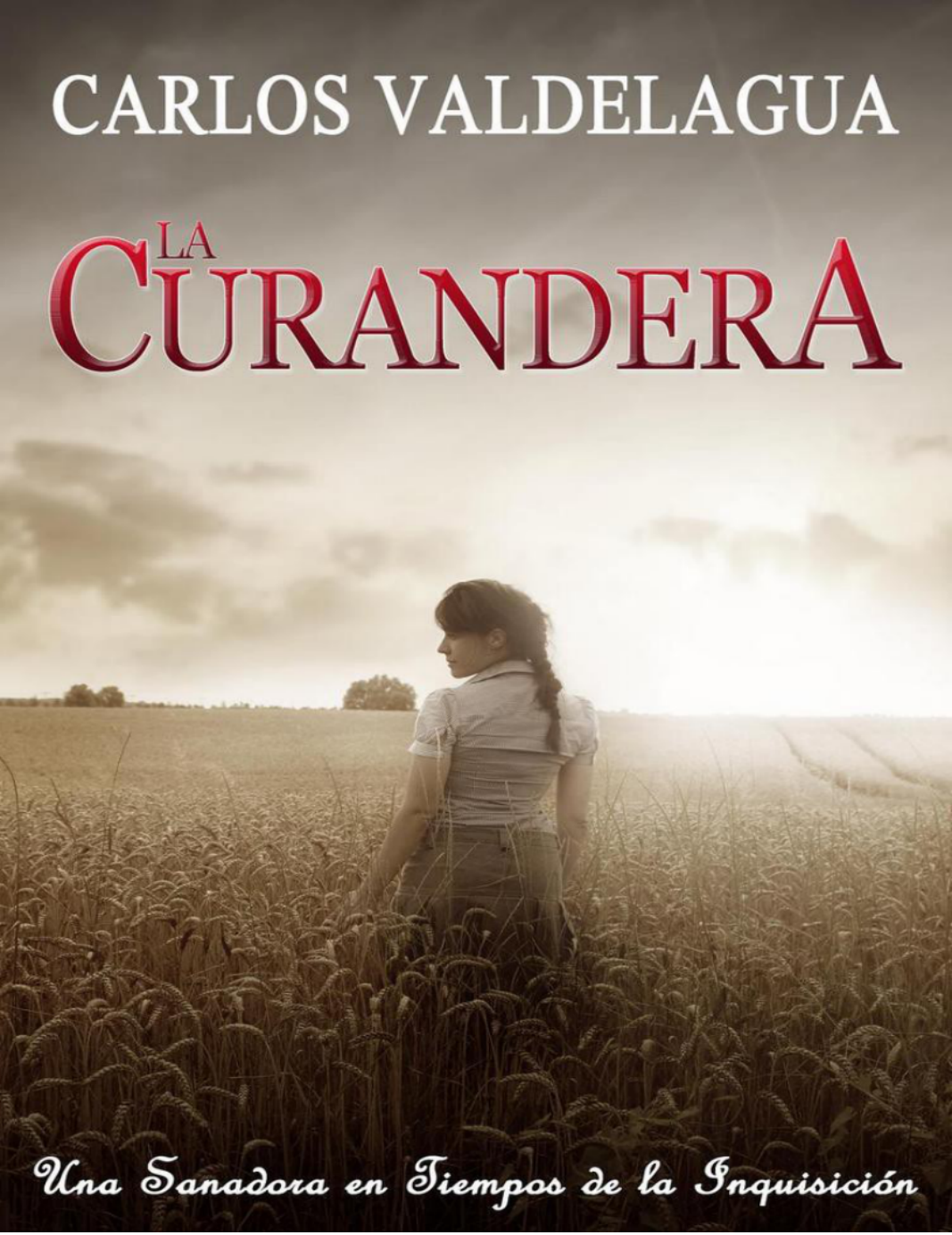
CARLOS VALDELAGUA

LA CURANDERA



Una Sanadora en Tiempos de la Inquisición

La Curandera

La Inquisición está empezando a mostrar signos de decadencia; ha perdido gran parte de su poder e influencia, pero sigue vigilando la vida de todos los españoles.

Francisca es una joven curandera, una joven orgullosa que no sabe nada de su pasado, ni siquiera de dónde le viene ese orgullo, quiénes fueron sus padres o dónde nació. Vaga de pueblo en pueblo pidiendo limosna con sus tíos, ganándose la vida con sus curaciones, sus trucos de adivina o embaucando a los ingenuos.

Es una actividad arriesgada y lo sabe, pero ha crecido en las calles y ha aprendido a fingir para sobrevivir. Procura acompañar sus sanaciones con invocaciones místicas o piadosas, pero a pesar de su empeño siguen pareciendo rituales de magia y brujería. Y no son buenos tiempos para que nadie piense una cosa así. Los familiares del Santo Oficio escudriñan cada rincón de los reinos hispánicos buscando herejes o disidentes.

Índice de contenidos

La Curandera
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Sobre el autor

Capítulo 1

Amanecía. El frescor de la mañana no tardaría en desvanecerse, al igual que la ligera neblina que cubría los campos de higueras y moreras que se extendían a lo largo del camino. Pronto el cielo se teñiría de azul para dar paso a otro día caluroso y seco. Era temprano, y las puertas de Villalba, flanqueadas todas ellas por imponentes torres, seguían cerradas.

Había llegado con mis tíos por la noche, y esperábamos a que abrieran la puerta de poniente acurrucados en un rincón salpicado de orines.

—¡Cuantos puercos han pasado por aquí! —dije, señalando el rincón lleno de inmundicias—. Espero que dentro huela mejor porque este hedor es insoportable.

—La culpa es del mierda que diseñó esta maldita puerta —añadió mi tío—. Ese hueco entre las dos torres invita al recogimiento, y todos los que vienen por aquí, sean piadosos visitantes o piojosos del arrabal, se toman un momento para meditar a calzón bajado sobre la inmortalidad del alma o sobre la vida y milagros del seráfico padre fray Antón.

—O sobre la última bazofia podrida que tragaron y les revolvió las tripas —sentenció mi tía, provocando risotadas en los tres.

Estuvimos un buen rato celebrando la simpleza, entre risas y chanzas, hasta que poco a poco nos fuimos sosegando. En la casa más cercana del arrabal de Poniente, junto al camino, alguien abrió una puerta para ver dónde estaban los intrusos que acababan de romperle el sueño. De la calleja lateral salió un hombre montado en un mulo. Llevaba las alforjas repletas de fardos, y desde el último, un perrillo nos miraba desafiante. Poco después, de una cuadra vecina asomó una mujer que tiraba de un borrico para conducirlo al abrevadero; también se fijó en nosotros. El arrabal empezaba a despertar y sus habitantes desviaban la mirada hacia la puerta, que seguía cerrada a cal y canto, para hacerse una idea del tipo de merodeadores que encontrarían en los días venideros.

—Vamos a ver qué sacamos de este hediondo lugar —dijo mi tía —. Recuerda, sobrina que los tullidos y los enfermos son los más fáciles —añadió—. Suelen ser personas atormentadas y no sólo por su enfermedad. Hay mucho gusano a su alrededor empeñado en no dejarles olvidar sus limitaciones; de hecho todos los desgraciados de este mundo darían cualquier cosa por ser como los demás y siempre están dispuestos a escuchar a cualquiera que les diga que su enfermedad tiene remedio.

—Pero es cierto; yo puedo curar muchas enfermedades —dije con

cierto aire de disgusto.

—Sí, pero no estamos aquí para ganarnos el favor de Dios —me respondió—, eso ya lo hace el cura sin nuestra ayuda. Hemos de recoger tanta plata como podamos si queremos pasar el invierno sin sobresaltos y algún día volver a casa.

Un gorrión se posó cerca, picoteando el suelo en busca del desayuno. Se desplazaba a saltitos, uno o dos pasos cada vez, para picotear todo lo que atraía su atención. Nos quedamos mirándolo en silencio. Teníamos demasiadas cosas en común. Éramos libres y cautivos a la vez; libres porque podíamos volar adonde nos apeteciera, y cautivos porque debíamos ganarnos la vida a cada instante, una lucha constante que emprendíamos a diario, unas veces con más fortuna que otras.

—Yo voy a pedir en misa, le guste o no le guste al obispo —afirmó mi tío, rompiendo el silencio cuando el gorrión levantó el vuelo—. Es el mejor sitio.

—Por supuesto que es el mejor —asintió mi tía—. Todos fingen ser más caritativos de lo que son y nadie quiere que el vecino les tache de impíos o de mezquinos. Antes de que el sacristán y los alguaciles te echen puedes sacarte un buen pellizco.

—Nos ha dado resultado en otras ocasiones —comentó mi tío—. Sólo hay que fingirse bobo o mostrarse humilde, que viene a ser lo mismo. No hay que hacer como mi primo Asensio; una vez sacó su lado bronco a relucir y acabó en las cárceles públicas. —El recuerdo de los años juveniles, cuando tenía toda la vida por delante y podía andar por el mundo libre de preocupaciones, le hizo esbozar una ligera sonrisa—. Pobre Asensio. Tenía buena hacienda y la echó a perder por unos amores perros. Acabó sus días en uno de los presidios de África. —Desvió la mirada al suelo, como para perderla entre las cagarrutas ovinas que se confundían con los guijarros del camino. Aquel episodio de su vida parecía haberle entristecido y se quedó callado un instante.

Nunca le había oído esa historia, pero me encantaban las historias que contaba. Siempre se podía extraer algo útil de la experiencia ajena.

—Pero cuénteme qué ocurrió en las cárceles —le pedí.

—En las cárceles nada en particular —respondió tras pensárselo un instante—. El justicia le dijo que sus días de ladrón y de rufián habían terminado. Lo condujeron hasta las horcas que había en una colina cercana, y al pie de medio ajusticiado que quedaba en una de ellas lo molieron a golpes. Puede que sólo quisieran asustarlo, o puede que lo dieran por muerto, pero el caso es que lo dejaron allí tendido. Cuando recuperó el sentido escapó de aquel lugar maldito y nunca

más volvió.

—Ni nosotros —añadió mi tía—. Hay que evitar los lugares donde los forasteros no son bien recibidos, pero sobre todo siempre hay que dar la razón a los lugareños y no contrariarles jamás.

—Pero si no tienen razón no es decente asentir —dije—; lo correcto es intentar sacarles de su error.

—Eso está bien para la gente que tiene algo que defender —respondió—. Lo único que pueden hacer los pobres como nosotros es procurar no morirse de hambre. Esa es la única lucha que merece la pena, lucha que algún día perderemos en un descuido.

No estaba de acuerdo, pero no quería contrariar a mis tíos.

—Los demás también luchan por sobrevivir —dije.

—Sí, pero no enfocan esa lucha de la misma manera. Fíjate en los hidalgos de nuestra tierra, siempre a cuestas con su honor. Algunos eran capaces de ensartar de una estocada a cualquiera que se atreviera a mirarles mal. Me acuerdo de don Rodrigo Villalonga, que era de un pueblo próximo al mío, a escasas leguas de Zamora, siempre andaba metido en pleitos por culpa de esa obsesión.

—Pero la gente de esta parte de la costa no son iguales —dije, confiando en que terminaría dándome la razón.

—Si no son iguales, son muy parecidos; viven obsesionados con lo que llaman la voz pública, la buena fama que rige la vida de todos. Esa voz pública puede elevar a unos o hundirlos para siempre, incluso puede expulsarlos del pueblo porque su vida se vuelve insoportable.

—Eso también pasaba en nuestra tierra —mi tío había decidido intervenir en el debate—. A veces sólo son chismes de vecinos maliciosos, pero desde luego no es algo que cualquiera puede manosear o cuestionar, y menos un forastero. Respetando esta norma nos evitaremos muchos disgustos.

—Pero habrá alguien que sea capaz de desprenderse de ese lastre y pensar con claridad —dije—, alguien que razone y no se limite a defender lo que otros han construido, tal vez en siglos pasados.

—Puede, pero lo que debemos tener claro es que nos tolerarán mientras nos consideren inofensivos, aunque en el fondo nos desprecien —aclaró mi tía—, y nos perseguirán desde el momento en que representemos algún peligro para sus ideas o para su hacienda.

—Haremos lo mismo que en el último pueblo —dijo mi tío dirigiéndose hacia mí—. Cuando veas algún corderito, ve hacia él, sobre todo si es un muchacho. Eres bonita y no te será difícil engatusar a alguno para aligerarle la bolsa. Si eso no funciona prueba con otra cosa. A unos les asegurarás poseer extraordinarias dotes curativas; a otros conocer potentes filtros amorosos y hechizos para

desencantar tesoros. Cualquier cosa vale con tal de arrancarles unas monedas. Tu tía caminará siempre detrás de ti para reforzar tus supuestas dotes.

—Pero son ciertas —protesté—. Conozco las hierbas y he curado a mucha gente. —Volvía a insistir en lo que ya había dicho poco antes, pero mi tío me interrumpió.

—Sí, sí, pero recuerda a qué hemos venido.

Estábamos tan enfrascados en la conversación que el tañido de la campana mayor nos sobresaltó.

—El Ángelus —dijo mi tío—, pronto abrirán. Mientras tanto, recemos las tres Avemarías.

—Ave Maria, grátia plena, Dóminus tecum; benedicta tu in muliéribus... —mi rezo en voz baja hizo que mis tíos intercambiaron una mirada de complicidad y que, al momento, estallaran en carcajadas. Me quedé mirándoles sin entender el motivo de tantas risas, y cuando comprendí que se estaban burlando de mí me uní a la diversión.

—He vuelto a caer en la misma trampa —dije, sin dejar de reír.

Unos ruidos de tablones y chirridos de goznes nos interrumpieron. Estaban abriendo la puerta. Nos levantamos, nos sacudimos las briznas de paja y el polvo que se nos había pegado a la ropa y nos acercamos. Los tres encargados de la puerta no nos quitaban los ojos de encima, pero no nos miraban de la misma forma. Las miradas hostiles iban dirigidas a mis tíos; las miradas lascivas para mí. El más audaz de aquellos hombres dijo una obscenidad que no pude oír, pero me señalaba con un gesto de la cabeza y los otros dos le rieron la gracia con ruidosas risotadas. Hicimos oídos sordos a tanta necedad, y poco después se alejaron sin dejar de contarse otras historias que celebraban de la misma manera.

—¡Necios! —dije.

—Sobrina, eso sólo se piensa —me reprendió mi tía—; nunca se dice. Si te oyen nos perderás a todos.

—Lo siento; procuraré que no vuelva a suceder —dije a modo de disculpa.

El camino estaba despejado, y los tres cruzamos la puerta y tomamos la calle principal. Parecía despertar de su letargo invernal. La noche había traído los primeros calores que anunciaban el cambio de estación, y sus habitantes recibían con alivio el nacimiento del nuevo día. Los muchachos y los hombres ya estaban trabajando en sus oficios, pero los labradores todavía se dirigían hacia sus campos. Unos llevaban del ronzal una mula que cargaba con los aperos y montaba uno de los hijos pequeños marcando el paso de sus hermanos mayores.

Eran pobres y cultivaban las peores tierras, las situadas en las laderas de los montes, siempre a merced de los torrentes que en la estación lluviosa surcaban las colinas arrastrando piedras y árboles. Otros, más afortunados, cultivaban las fértiles llanuras de la costa y podían desplazarse en sus carros. Tirados por caballos o mulos, eran guiados por el padre o por uno de los hijos mayores y solían llevar a todos los hombres de la casa, aun los de corta edad. Los campesinos aspiraban a que sus hijos heredaran el oficio y para eso los ponían a trabajar cuanto antes. Pensaban que si no lo hacían así, no adquirirían esa sana costumbre y serían unos haraganes que no servirían para nada. Nadie quería un destino así para sus hijos.

—¡Espabila muchacho! —uno de los hombres le acababa de dar una colleja a su hijo adolescente que dormitaba junto al carro—. Llena ese cántaro, que no tenemos todo el tiempo del mundo.

El joven se levantó de un salto y se caló un viejo sombrero hasta las cejas. Iban a pasar todo el día en el campo, desde el amanecer hasta muy avanzada la tarde, de manera que cargaban la comida en el serón y colgaban un cantarillo de una de las barandas de hierro para tener agua fresca. Todavía conservaban el aire sombrío y pegajoso que los calores nocturnos solían traer en esa época del año, y que el ritual higiénico de la madrugada no conseguía disimular. A su paso, aquellas calles estrechas se llenaban con el olor de hombres y animales que acompañaba al golpeteo de los cascos y el renqueo de los carros.

No era una mañana cualquiera. Ese día había novedades, y todas las miradas recaían sobre nosotros, los únicos forasteros de Villalba. Andábamos por la calle pidiendo limosna, abordando a cuantos viandantes se cruzaban en nuestro camino para aprovechar el ajetreo matinal, antes de que acabara y todos se retiraran a sus casas.

Como habíamos acordado, mi tío se dirigió hacia la iglesia, y mi tía me acompañó por la calle principal, caminando una por cada acera. A corta distancia, divise una mujer tullida que volvía del pozo llevando un cántaro a cuestas, y me dirigí hacia ella.

—Por el amor de Dios, ¿podría *vuesamerced* socorrer a esta pobre cristiana? —le dije.

La mujer se detuvo, depositó el cántaro en el suelo y me miró con vivo interés, tratando de comprender qué le había dicho.

—Tú no eres de por aquí —me dijo con la curiosidad propia de los lugareños que no tienen oportunidad de romper sus rutinas diarias. Seguramente esperaba recibir alguna información que al día siguiente podría comentar en los corrillos que se formaban en la tienda o en el pozo.

—Así es, ni tampoco de las comarcas cercanas, ni siquiera de este reino. Venimos de Castilla —respondí. No sólo recordaba los consejos

que mi tía me acababa de dar; había visto aquella mirada otras veces y pensé que tal vez tenía a mi alcance la promesa de una futura comida o de algo más, aunque no pude evitar cierto acento orgulloso al reivindicar mi origen castellano—. Hablo la lengua de esta tierra, además de la mía, porque mi señor padre fue mercader y la conocía muy bien. No era cierto, pero esa aclaración siempre era bien recibida.

—Es lo que se espera de cualquier visitante que pretenda vivir de nuestra caridad, una muestra de respeto y de buena voluntad, pero ¿en qué manera podría ayudarte? —me preguntó la mujer tullida. Su voz firme y serena me llenó de confianza. Antes de que respondiera, mi tía cruzó la calle y se acercó.

—Buen día le dé Dios, buena mujer —dijo—. Mi sobrina tiene el don de curar con unas simples hierbas —añadió, pasando el brazo por mi hombro y acercándome con afecto.

—Así es —asentí—. Si *vuesamerced* sufre cualquier mal, se lo puedo curar con la ayuda del Señor. Sólo tiene que encargar que pongan dos velas al Santísimo y decir una misa.

—¿Sólo eso, sin sangrías, sanguijuelas ni emplastos? —preguntó la tullida sin poder disimular su incredulidad.

Tenía motivos para dudar porque la receta no era la habitual. Cualquiera que mirara con atención a su alrededor sabía que el primer paso hacia la curación no consistía en mejorar la salud del enfermo sino en sanear la economía de médicos y boticarios, a juzgar por las abultadas minutas que exigían desde la primera visita. Alguien dijo en una ocasión que el enfermo languidecía con las sangrías, y su bolsa menguaba con las facturas.

Muchos enfermos sufrían dolencias persistentes que iban mermando su salud; estaban en todos los pueblos y en todas las ciudades esperando escuchar aquella voz, que según recordaban de algún sermón, había levantado del lecho al difunto Lázaro. Pero los dolientes que no encontraban remedio a sus males suplían la falta de salud con un exceso de credulidad, y la mujer tullida no era una excepción.

—¿De veras puede*s* curar cualquier mal? —quería oír de nuevo aquellas palabras mágicas capaces de devolverle la esperanza.

—Cualquiera —recalcó mi tía—. Mi sobrina ha curado a muchísima gente. No sólo en nuestra tierra, sino también por el camino que nos ha llevado hasta aquí.

—A decir verdad, puedo curar cualquier mal que no sea de nacimiento —precisé para añadir más credibilidad a las afirmaciones de mi tía.

—Pues a mí me iría muy bien tu ayuda —dijo la mujer con un

brillo en los ojos.

Nuestra puesta en escena le había convencido; no podía dejar escapar una curación a tan bajo coste, pero debía retenerme en el pueblo, lo que no debió parecerle demasiado difícil a juzgar por mi pobre indumentaria y mi desaliño.

—Acompáñame a casa —añadió—, que yo hablaré con mi marido para que te deje quedarte en ella. Sólo tendrás que curarle de algunas dolencias que padece desde hace algún tiempo.

Mientras la mujer tullida volvía a cargar el cántaro con intención de reanudar su camino, mi tía me miró haciéndome una seña imperceptible arqueando las cejas. Sabía interpretar aquellos gestos; los habíamos ensayado muchas veces y enseguida comprendí que debía asegurarme de las buenas intenciones de aquella mujer, obtener la certeza de que dispondría de comida y de un lecho durante una buena temporada.

—Me llamo Francisca, Francisca Deza, y estaré encantada de servir a *vuesamerced* —dije—. ¿Seguro que su marido querrá alojarme en su casa? —añadí con incredulidad, como si temiera que la respuesta no fuera a disipar sus dudas.

—Mi marido es un hombre cabal y un labrador honrado —respondió—. Tú eres forastera y no lo sabes, pero pregunta a cualquiera de este pueblo y te lo confirmarán.

Se sentía ofendida porque había dudado de su palabra y quiso hacérmelo notar. Empecé a preocuparme; estaba echando a perder una oportunidad de oro. Debía conseguir a toda costa que aquella mujer recuperara su talante sosegado y conciliador.

—Disculpe *vuesamerced*, pero no quise decir tal cosa —le dije—. Mis palabras no han sido muy afortunadas, pero no tenía ninguna intención de ofenderla.

—Mi marido estará encantado de tenerte con nosotros —añadió tras un breve silencio—, y si consigues serenarle algunos males que le afligen desde hace algún tiempo hallará el modo de agradecértelo. ¡Ah!, por cierto, yo me llamo Joana. Joana Teruel es mi nombre.

—Será un placer servirla; vayamos a su casa.

Tanto mi tía como yo nos preparamos para seguirla, pero nos interrumpió.

—Un momento, un momento —dijo—. Sólo puedo invitarte a ti —añadió dirigiéndose hacia mí—. Lamento no poder hospedar a tus tíos, pero pueden quedarse en uno de los albergues de este pueblo o encontrar a alguien que les acoja bajo su techo.

—No será necesario —se apresuró a decir mi tía—, mi marido y yo hemos de continuar nuestro camino. Llévese a mi sobrina, cuídela,

y queden con Dios. Y tú, sobrina, recuerda que en Pascua volveremos para recogerte.

Y, tras una breve despedida, mi tía continuó pidiendo limosna por la calle principal hasta que se perdió de vista en la distancia.

—¿Le ayudo a *vuesamerced* con el cántaro? —le pregunté a aquella caritativa mujer.

—No es necesario; puedo yo sola —respondió con brusquedad—. No soy una inútil, pero te lo agradezco de todos modos. Te necesito para que alivies a mi marido de sus dolencias. Nada más.

Luego supe que Joana siempre había realizado todas las tareas domésticas, pero de vez en cuando conocía a alguien que, por cortesía o por lástima, se empeñaba en ignorarlo, y otros hacían justo lo contrario, procuraban que no lo olvidara. Pero era una mujer orgullosa y no dudaba en poner a aquellos entrometidos en su sitio, como acababa de hacer conmigo.

Un rato después, llegamos a su casa seguidas por las miradas de todos los curiosos que encontramos a nuestro paso y que se esforzaban en adivinar quien sería la joven que la acompañaba; una joven que vestía como una mendiga.

Joana vivía con su marido y sus dos hijos pequeños en la calle de los Horneros. La puerta de la casa delataba que su dueño era labrador. Era ancha para poder entrar el carro y estaba separada en dos hojas, con una ventana acristalada en cada una. Una reja de hierro protegía los cristales de los golpes, y unos visillos de lino blanco artísticamente trabajados libraban a sus moradores de las miradas indiscretas. El umbral de piedra sobresalía unos cuatro dedos del suelo, pero había sido rebajado por los dos extremos para guiar las ruedas con ayuda de dos topes de piedra.

La acera todavía estaba mojada. La había aseado antes de salir hacia el pozo y había dejado la puerta abierta de par en par para que se secara el suelo de la casa. Los labradores dejaban el carro en la entrada, desenganchaban el mulo y lo llevaban hasta el corral, que solía estar al fondo de la planta baja, separado de la cocina por un pequeño patio de luces. Las mujeres debían extremar la higiene para que no se notara tanto trajín, recogiendo la tierra o las trazas de estiércol que pudieran caer en el trayecto. Desde el umbral, Joana vio que el carro seguía en la entrada y dedujo que su marido estaba en casa.

—Ave María Purísima —dijo al entrar. Era el saludo ritual católico que casi todo el mundo pronunciaba al cruzar el umbral de cualquier casa, pero nadie respondió.

—Pedro ¿por dónde andas?

Nadie respondía. La casa estaba en silencio, pero del corral llegaba el cacareo de una de las gallinas que anunciaba una feliz puesta. Otras parecían disputarse alguna captura. Tal vez cloqueaban porque alguien había irrumpido en el corral y las había espantado, o competían por el pienso que les estaban echando. Para ser tan temprano había demasiado alboroto.

—Pasa, pasa, que mi marido debe de estar en la cuadra —me dijo —. Si ha salido, no andará muy lejos y puede volver en cualquier momento.

Me senté en una de las sillas de la entrada. Mientras la dueña de la casa se dirigía hacia la cocina me entretuve mirando los coloridos azulejos que protegían las paredes de la humedad que subía del suelo. Los de aquella casa llegaban hasta la altura de los ojos, y el esmalte de tonos rojos, azules y marrones al uso de la comarca estaba reluciente. Se notaba que sus dueños eran labradores acomodados, y eso me llenó de esperanza.

Joana no tardó en volver, y poco después, en la penumbra de la cocina, divisamos una silueta que se acercaba; era su marido. Pedro Salazar olía a caballo, pero no resultaba un olor desagradable porque era un tipo aseado y mantenía a sus animales muy limpios, con la misma pulcritud que se podía apreciar en toda la casa.

Cuando me vio en compañía de su mujer no supo qué decir. Se quedó mirándome sin articular palabra, y con desgana, se limitó a farfullar unas palabras que parecían más un gruñido que un saludo de cortesía. Respondí al rudimentario saludo con una ligera reverencia. Quería causar buena impresión en mi anfitrión.

Capítulo 2

—Esta joven se llama Francisca. Es curandera y le he pedido que venga para ver qué puede hacer con tus dolencias —Joana miraba a su marido y trataba de resumir la situación. El hombre parecía un trozo de pan, pero una mujer nunca sabe cómo va a reaccionar su marido, y Joana estaba tensa. Delante de una desconocida no era el momento para darle grandes explicaciones; bastaría con una simple presentación; ya le daría todos los detalles más tarde—. Le he dicho que le dejarás vivir aquí mientra te cura —añadió, confiada en que su marido aprobaría su decisión.

—¿Y qué males curas? —quiso saber el intrigado paciente.

—Todos los males que no sean de nacimiento.

—¡Ah!, pues si es así, tengo mucho que contar... —acertó a decir, dispuesto a recuperar la iniciativa y a recitar la larga lista de dolencias que, a fuerza de repetirlas, se sabía tan bien.

—No será necesario —le interrumpí, haciendo un gesto de disculpa con la mano—; *vuesamerced* padece reuma, dolor de gota y de dolores en el pecho —le dije tras una breve ojeada.

La sonrisa que el hombre apenas había conseguido dibujar se esfumó y volvió a parecerse más a una mueca que a una sonrisa. Estaba confuso. Era un hombre huraño, acostumbrado a trabajar de sol a sol sin otra compañía que su mula y su azadón, y nunca había visto ni oído nada igual. Aquello se parecía demasiado a los milagros de San Venancio, el patrón de Villalba.

Estaba harto de decir a los médicos que le dolía el pecho, y que se limitaran a repetirlo enfatizando sus palabras como si acabaran de descubrirlo por sí mismos. “Tiene *vuesamerced* dolores en el pecho”. Eso ya lo sabía, pero esperaba que se marcharan llevándose el mal con ellos y dejándolo sano, y lo único que se llevaban era su plata. Ningún doctor en medicina, pese a su flamante título, le había atinado el remedio. Y ahora, al cabo de tanto tiempo, y como llovida del cielo, aparecía una joven que conocía la raíz de todos sus males. Era suficiente; no quería conocer más detalles, pero cuanto antes dejaran las cosas claras tanto mejor para todos.

—¿Podrías librarme de todo eso? —quiso saber.

—Sí, con el favor de Dios —le respondí sin dejar de sonreír.

—Pues si es así, quédate en mi casa, que yo te daré comida y un jergón mientras me curas.

Poco después, mis anfitriones intercambiaban confidencias que

pude escuchar en gran parte. Las paredes de aquella casa eran demasiado delgadas para guardar secretos.

—Esto es increíble —decía el marido—. Cuando esta joven ha empezado a citar todas mis enfermedades, me he acordado del difunto Miguel Causanilles, que en vida fue familiar del Santo Oficio. En cierta ocasión comentó algo sobre curaciones supersticiosas, pero esto no tiene nada que ver con la superstición ni con los embustes que muchos charlatanes gastan para embaucar a los incautos.

—Por supuesto que no —añadió su mujer—. Esta chica no tiene nada que ver con esa gente harapienta y ruin que va por los caminos con su capazo al cuello sustentándose del sudor del labrador. Esos no pueden echar raíces en ninguna parte. Son como los forajidos; caen sobre los cultivos como bandadas de estorninos y arruinan las cosechas trayendo hambre para las familias campesinas.

—¿Qué me vas a decir? —añadió el marido—. Hemos sufrido sus rapiñas en más de una ocasión. El año pasado, sin ir más lejos, nos destrozaron el trigo y tuvimos que comprarlo en el mercado para poder pasar el invierno. Con razón los justicias siempre andan tras ellos.

—Sí, pero los forasteros que van de paso llevan el alma escrita en su cara —dijo la mujer—. ¿Quién diría que esta joven, apenas una niña, es una mendiga? Es hermosa como la imagen de las vírgenes que adornaban las paredes de la iglesia parroquial; sólo puede estar aquí para hacer el bien, para aliviarnos nuestros sufrimientos.

—Eso creo —añadió Salazar—. A fin de cuentas somos buenos cristianos; vamos a misa, nos confesamos y comulgamos con regularidad, colaborando en todas las iniciativas del reverendo clero; incluso el pasado año compramos diez bulas de la Santa Cruzada para la remisión de nuestros pecados y de todos los fieles difuntos.

—Me complace que pienses así —dijo la esposa—. Siempre hemos hecho lo que mosén Senén, el cura párroco, viene repitiendo desde el púlpito, perseverar en la oración y tener fe. Es evidente que Dios ha escuchado nuestras súplicas y al fin acude en nuestra ayuda.

—La prueba es que nos envía un ángel —asintió el marido—, una hermosa criatura que me ha acertado todos los males que me aquejan sin necesidad de señalárselos.

* * *

Sólo me habían dado un pésimo colchón de áspera tela rellena de hojarasca en una habitación vacía, pero al menos no tenía pulgas, y me imaginé que así debían ser los colchones de plumas de los que había oído hablar. Estaba agotada por la larga caminata del día anterior. Habíamos tenido que dormir bajo un enorme algarrobo en medio de un descampado con la sola protección de una manta

agujereada, y no tardé en dormirme. Soñé que era de noche y andaba por un sendero bordeado de árboles de ramas retorcidas; caminaba tan deprisa que parecía flotar, viendo como la piedras del camino desaparecían a mi paso. A medida que avanzaba, los árboles se hacían más y más numerosos hasta que me encontré en el claro de un espeso bosque. En medio vi una gran losa de piedra que rodeaban varios ancianos de largas barbas y cabellos blancos con las manos entrelazadas. Balanceaban sus cuerpos salmodiando unas oraciones incomprensibles mientras yo contemplaba embobada el extraño ritual. De pronto sentí que aquellas voces me atraían con una fuerza irresistible y, sin poder evitarlo, me vi al lado de la gran piedra. Tuve tiempo para observar que estaba teñida de manchones rojos; unos resecos, otros más claros y recientes, y de algún modo supe que era sangre. Quise huir, pero las voces de los ancianos me retenían contra mi voluntad. Uno de ellos, el que parecía presidir la reunión, se me acercaba señalándome con su dedo huesudo. Entonces empecé a agitarme y a patalear hasta que desperté, sudorosa y sobresaltada.

Tardé un buen rato en volver a conciliar el sueño, tratando de descifrar si aquella escena tenía algún significado oculto que de momento ignoraba. Más tarde, deseché la idea. No era la primera vez que tenía pesadillas. Tal vez la primera comida caliente de la semana me había sentado mal.

—Póntelo; a ver cómo te queda —Joana había buscado uno de sus antiguos vestidos y me lo estaba ofreciendo.

—¿Es para mí? —le pregunté, dibujando una amplia sonrisa.

—Sí; si es de tu agrado —me respondió—. La saya que llevas está demasiado gastada, y ese cinturón de cuero, demasiado roído. Tienes que desprenderte de ese atuendo, no es apropiado para una joven como tú. Por cierto, ¿cuántos años tienes?

—Diecisiete, poco más o menos —respondí.

Los faldones que llevaba me los habían dado en uno de los pueblos que habíamos dejado atrás. Debieron pertenecer a alguna mujer piadosa y bien alimentada porque me sobraba tela por todos lados; me la ceñía a la cintura con un viejo cinturón, pero seguía pareciendo un saco de cebollas atado por un labriego torpe. Me retiré a mi jergón para volver al poco rato con el nuevo vestido

—¿Cómo me encuentra? —quise saber.

Sabía que era bonita; me lo habían dicho muchas veces, pero con aquel vestido debía estar radiante.

—Espléndida —dijo Joana, algo sorprendida por lo que puede conseguir un sencillo cambio de vestuario—. No me extrañaría nada que encontraras marido en este pueblo y te quedaras aquí. Hay buenos mozos que no dudarían un momento en convertirte en su esposa. Los

dos saldríais ganando; tú encontrarías un hogar, y él la esposa más bella del pueblo que le daría hijos sanos y guapos.

—Si Dios lo quiere, así será —dije, sin mostrarme demasiado entusiasmada por la idea—, pero ha llegado el momento de ocuparme de las enfermedades de *maese* Pedro. Deme *vuesamerced* unas monedas para comprar en la botica unos polvos y unas hierbas y podré empezar a curarlo.

—Aquí tienes —me dijo al momento—, pero antes hay que hacer algo con tu pelo. Es una pena que siendo tan negro y sedoso lo lleves tan enredado y descuidado. Lo recogeremos en una larga trenza que este vestido se encargará de destacar.

* * *

Era otro día claro y soleado. La mañana había avanzado y el calor empezaba a notarse; procuraba caminar por la acera, a la sombra de los balcones; no quería sudar ni salpicar el vestido con el polvo de la calle. Ya había notado la sensación que causaba en los viandantes a pesar de mi torpe atuendo, pero ahora era el centro de todas las miradas; muchos incluso dejaban entrever un gesto de admiración y otros hasta me saludaban. Con aquel vestido nadie podía pensar que era una simple vagabunda. Por primera vez me sentía dueña de mi destino y eso me preocupó. No debía olvidar mis orígenes ni dejarme llevar por la euforia del momento porque corría el peligro de volver al lodo sin haber salido de él.

La botica de Yago de Medina estaba en la calle principal. Abrí la puerta y entré, pero no había nadie. El boticario debía estar en la rebotica preparando sus mezclas.

—Ave María Purísima —dije, esperando ser oída desde la otra habitación.

Las estanterías estaban repletas de cachivaches y de frascos de porcelana blanca con nombres de plantas escritos en letras azules. Toda la habitación olía a ungüentos y pócimas, pero era difícil distinguir los aromas entre tanta confusión. Vi tantos botes que no pude resistir la tentación de curiosear un poco, tratando de leer los nombres que tenían escritos. Por extraño que parezca había aprendido las primeras letras, aunque debió ser de muy niña porque nada recordaba. El caso es que podía comprender muchas de aquellas palabras, aunque con cierta dificultad. Enfrascada en descifrarlas, empecé a sentirme observada y, con disimulo miré hacia la otra puerta con el rabillo del ojo. Un hombrecillo insignificante, de pelo canoso, revuelto y escaso, se secaba las manos con un trapo y me miraba con descaro, de arriba abajo. No me resultó difícil adivinar qué estaba pensando. Me volví hacia él y le saludé con cortesía, pero no respondió; su imaginación seguía volando. Al cabo de unos instantes

consiguió recuperarse de la sorpresa y se dirigió hacia mí. Había visto muchos tipos así, siempre dispuestos a ensayar alguna de sus zalamerías de perro viejo, y me puse en guardia.

—Soy el boticario; ¿qué desea *vuesamerced*? —me preguntó, recargando su voz con afectación.

—Necesito algunas hierbas; en concreto, salvia, romero, espliego, comino, mejorana y tomillo —le respondí—, y también que *vuesamerced* me prepare un colirio. El colirio llevará 6 a 12 granos de tanino, 2 onzas de agua de lluvia, y 36 a 72 granos de algún buen láudano.

—Por lo que veo, alguien sufre de mal de ojos —dijo.

El boticario quería presumir de conocimientos. Más tarde supe que por aquellas fechas llevaba demasiado tiempo viudo. Todos los intentos de sus familiares, amigos y conocidos por emparejarlo no habían tenido éxito, y empezaba a inquietarse. En más de una ocasión había llegado a perder el decoro que todo hombre de su posición debía observar. Dos inviernos atrás se había fijado en la viuda de Francisco Sarmientos. La rolliza viuda siempre había sido una mujer retozona, pero seguía viuda. Nadie sabía por qué el sexo fuerte era tan débil cuando caía entre sus brazos, pero circulaban mil teorías al respecto, a cual más descabellada. Se decía que sus ojos redondos y saltones miraban con descaro a todos los posibles candidatos, como la mantis observa a sus futuras presas para decidir cual de ellas merece el esfuerzo. Pero el boticario era un tipo menudo, flaco y bastante viejo, y en lugar de mirarlo con apetito como a otros candidatos empezó a mirarlo con pena; el caso es que los planes de boda en que se vio involucrado medio pueblo fueron otro fiasco.

—Perdone señor Licenciado, pero he de volver a casa; es tarde.

Le di un tratamiento de cortesía excesivo, pero quería salir de allí. Siempre me ha bastado con mirar a un hombre para saber qué piensa, o lo que es peor, qué trama, y lo que vi en el boticario no me gustó.

—Ha sido para mí un placer, joven.

Estuve a punto de decirle: “no lo dudo; he visto cómo me miraba”, pero no quería perder las buenas maneras. Ajeno a mis pensamientos, el boticario me despidió con una exagerada sonrisa mientras sus ojillos destellaban con picardía.

Con las hierbas preparé unos perfumes que aplicaba a mi anfitrión para hacerlo sudar. Salazar sudaba y sudaba; los sudores se secaban, pero los dolores seguían atormentándole.

—Confíe *vuesamerced* en Dios —le decía procurando tranquilizarle —; si este remedio no da resultado intentaré otro. *Vuesamerced* ha estado descuidado demasiado tiempo.

Y un buen día, Salazar despertó de buen humor. Se sentía vigoroso y lleno de confianza, casi como en aquellos años mozos que tan olvidados tenía. Aseó la mula, cambió la paja de la cuadra, echó pienso a las gallinas, y estaba tan feliz que hasta tenía ganas de cantar, lo que no era propio de su naturaleza reservada. Su mujer lo encontró en la cuadra cepillando la mula mientras tarareaba en voz baja uno de los cánticos aprendidos en el coro parroquial.

—Hacía tiempo que no te veía tan contento —le dijo antes de entrar en el retrete.

—Es que ya no me duele el pecho —le contestó entusiasmado—, es como si nunca me hubiera dolido. Aquellos dolores que tanto me angustiaban han desaparecido.

De pronto cayó en la cuenta de que la única novedad que había tenido de un tiempo a esta parte había sido mi visita y los vapores que le había preparado.

—¡Los perfumes de Francisca! —exclamó.

—¡Es cierto! Tenía razón mosén Senén; Dios aprieta pero no ahoga. —dijo Joana refiriéndose al cura párroco y a sus célebres sermones sobre la mansedumbre y la oración.

—Alabado sea Dios —añadió Salazar.

—Por siempre sea alabado —asintió su mujer.

La noticia de que una forastera curaba de gracia muchos males no tardó en esparcirse por todos los rincones, atrayendo hasta aquella casa a muchísima gente, incluso forasteros, que buscaban el remedio que la ciencia les negaba.

Eran tiempos difíciles para los hipocondríacos. Las ciencias y las creencias ignoraban sus lamentos y sus súplicas. Cuando tocaba a difuntos, la campana mayor producía el inquietante efecto de encoger el ánimo de los enfermos y afligidos recordándoles su condición mortal. Les invitaba a reunirse con el Creador y todos se revolvían en sus lechos, asaltados por los mismos temores. Señor, ¿seré yo el próximo? Hubiera sido mejor que el enfermo no oyera el lúgubre tañido de esa campana ni de ninguna otra que pudiera asustarlos, pero un rebaño estremecido de miedo siempre ha sido más fácil de controlar.

El alpargatero Pere Martínez era uno de los que estaban asustados. Sufría mal de ojos y llevaba mucho tiempo sin alivio alguno. Había sido asistido por diversos médicos, pero no hallaron remedio a sus dolencias. Uno le dijo que era un caso de catarata, pero las gotas de belladona que le recetó nada remediaron; y otro estimó que eran manchas de la córnea y le recetó un colirio que prepararon en la botica, pero tampoco notó ninguna mejoría.

Como los días pasaban y la dolencia continuaba, decidió volver a la botica buscando consuelo en la ciencia del boticario. Dando grandes zancadas salvó la distancia que separaba su casa de la botica.

—Al preparar el colirio seguí al pie de la letra las indicaciones escritas en el vale que *vuesamerced* me dio —le recordó el boticario.

—Pues sepa *vuesamerced* que esas gotas no me producen ningún efecto —respondió un desconfiado paciente mirando al boticario con su ojo vidrioso.

—Antes de aplicarse el colirio a los ojos, ¿agita *vuesamerced* el frasco? —quiso saber el boticario.

—Hasta que se me cansa el brazo —contestó el enfermo.

Y así era. Todas las noches cumplía el ritual y todas las mañanas maldecía su suerte, al médico y al boticario. Los médicos creían que las manchas o nubes de los ojos eran consecuencia de alguna inflamación, y que muchas veces salían después de viruelas o del sarampión. Si eran blandas se podían quitar con vitriolo, zumo de celidonia y otros remedios, pero si no se conseguía era necesario acudir al cirujano y el resultado siempre era dudoso. Desde luego eran las más difíciles de curar, y como a menudo se burlaban de la ciencia era bastante fácil acabar en manos de charlatanes que destruían más ojos de los que remediaban.

Y Martínez no quería acabar ciego.

Muy pronto llegó a sus oídos que en casa de su vecino Pedro Salazar vivía una joven forastera. Había llegado al pueblo unos días antes pidiendo limosna y se decía que curaba por gracia toda clase de enfermedades que no fueran de nacimiento. Había sanado de un velo en un ojo a la hija del mesonero y del mal de estomago a la hija de uno de los panaderos. También Salazar se había beneficiado de sus conocimientos, pues le había quitado los dolores en el pecho, unos dolores que le tenían acobardado desde hacía años. Como Martínez no tenía nada que perder decidió visitarme.

—Curaré a *vuesamerced* con el favor de Dios y de la Virgen —le dije.

El alpargatero era un hombre pragmático. Sabía de buena tinta que nadie daba nada con tanta facilidad, y como se sorprendió de que una desconocida fuera tan generosa, quiso saber cuánto le iba a costar la sanación.

—No quiero cosa alguna hasta que le cure —le respondí—. Tan sólo deme un real de plata para la medicina, que yo se lo devolveré si no sana. Vuelva *vuesamerced* mañana para comenzar la curación.

* * *

A la mañana siguiente me dirigí a la botica a comprar más hierbas

y polvos. Había estado meditando el remedio adecuado y decidí empezar por unos enjuagues para reducir la hinchazón; luego podría aplicarle un colirio que ya había probado con éxito en anteriores ocasiones.

Me acordé del boticario. No me agradaba aquel hombre, pero la otra botica estaba más lejos y hacía demasiado calor. El sol parecía ensañarse con aquella tierra; cocía los campos hasta convertir la tierra reseca en algo parecido a un ladrillo. Mientras caminaba iba memorizando un sinfín de fórmulas corteses para cortar el aleteo del ardiente boticario y alejarlo de mi lado, o por lo menos para tratar de refrenarlo sin herir sus sentimientos. Pero dudaba que fueran a dar resultado; un tipo así de pegajoso, ¿tendría algún sentimiento que pudiera herirse?

—Ave María Purísima —dije con el máximo respeto al entrar en la botica.

No podía descuidar el saludo ritual a María Santísima y no era por fervor ni por los 2.460 días de indulgencia. Mil ojos observaban a los forasteros, sobre todo a los vagantes, y mis tíos me habían enseñado que esas invocaciones nos protegían de los maliciosos y de los envidiosos. Una vez oyó decir a un feriante sevillano que una sonrisa inoportuna cuando se mencionaba a la Virgen María podía llevar al risueño a las cárceles del Santo Oficio. Y nadie quería acabar en un lugar tan tenebroso; eso era como bajar a los infiernos.

Mientras esperaba a que saliera alguien para atenderme me entretuve tratando de leer los títulos de los frascos ordenados en los estantes como había hecho la última vez. La ligereza del boticario contrastaba con el esmerado orden y aseo que se apreciaba en su establecimiento.

—¿Qué desea *vuesamerced*? —una voz varonil sonó a mis espaldas. Al volverme vi al joven más apuesto que había visto.

—¿El boticario? —pregunté con cierto tono de inseguridad, tal vez provocado por la mirada penetrante y aguda del joven. Era evidente que estaba tan gratamente sorprendido como yo.

—Es mi padre —me dijo—, pero soy oficial boticario y puedo despachar a *vuesamerced* cuanto pida.

Lo vi tan dispuesto a complacerme que estuve tentada de decirle: “pues en tal caso, vente conmigo; serás mi esclavo”. Me contuve, pero la ocurrencia me hizo sonreír, y el joven interpretó mi sonrisa como mejor le convenía. ¡Que poco saben los hombres sobre los sentimientos de una mujer! —pensé—; ni saben, ni quieren saber, ni les importan lo más mínimo. Les bastaba con constatar que el mundo era de los hombres.

—En tal caso, deme espliego, comino, mejorana y tomillo —le

dije.

Repetía la lista de hierbas como una autómata, pero las hierbas habían perdido interés. Ahora me sentía intrigada por aquel joven. ¿Cómo era posible que un hombrecillo como el boticario fuera capaz de engendrar tan buen mozo? ¿Acaso algún cuclillo avispado había depositado su huevo en nido ajeno? La idea me hizo esbozar otra sonrisa, pero era el momento oportuno porque el joven, lejos de sospechar que había sido provocada por la dudosa paternidad del boticario, me la devolvió deshaciéndose en atenciones.

Las palabras de mi tío me vinieron a la mente "cuando veas algún corderito ve hacia él". Y ahí estaba el corderito, pensé, pero no tendría valor para sacrificarlo. No a ese. Bueno, tal vez sí, pero si lo sacrificara sería sólo para mí.

—Vuelva pronto —me dijo el joven, acompañándome hasta la puerta.

—Descuide, así lo haré —respondí.

No estaba acostumbrada a que me trataran con tanta deferencia. Con mis tíos era recibida con frialdad y aprensión allá donde fuera, aunque lo disimularan bajo una máscara piadosa. Llevábamos mucho tiempo pateando los caminos y había aprendido a desconfiar de aquella sociedad hipócrita, pero mi nueva posición empezaba a gustarme.

Por la tarde, Martínez acudió de nuevo a casa de Pedro Salazar. Estaban enfrascados en una animada conversación sobre sus respectivas dolencias, inventariando las que habían tenido y las que les quedaban, cuando entré en la habitación y les rogué que se mantuvieran en silencio.

—Ruego a *vuesasmercedes* estén atentos. Todo lo que van a ver puede influir en su curación —dije—. Si así lo quiere Dios —añadí tras una breve pausa.

Los dos hombres siguieron sentados, pero ahora guardaban un escrupuloso silencio. Tomé una lima, la partí, le saqué el zumo y se la puse al alpargatero en el ojo enfermo. Ellos seguían en silencio, como si estuvieran en misa, pero aparte de cierto escozor en los ojos del enfermo no hubo nada más.

—Ahora es necesario esperar y tener fe —les indiqué—. Procuren hablar lo menos posible, pero es mejor que recen alguna oración en voz baja.

Martínez seguía con la lima en el ojo. La acidez le molestaba; procuraba disimularlo, pero de cuando en cuando arrugaba la nariz y los labios para hacer notar su malestar.

Dos horas después volví, eché un vistazo a su ojo y tomé la otra

media lima; volví a sacarle el zumo y la puse al fuego para retirarla al momento y escupir en ella tres veces. Los dos hombres tenían el corazón en un puño. Para ellos eran maniobras demasiado inquietantes, entre la magia y la brujería, dos prácticas condenadas por la Santa Madre Iglesia. Ya se cuidarían de no divulgar que habían participado en ellas, por si acaso. Por supuesto, tenían miedo a lo desconocido, a aquellas prácticas en que según decía mosén Senén siempre andaba metido el maligno, pero necesitaban curarse y confiaban en mí. Había conseguido captar toda su atención y los dos hombres me observaban con la respiración entrecortada. Jamás reconocerían que un sudor frío recorría sus espaldas y que sus piernas a duras penas les sostenían.

De repente a los dos se les escapó un ¡Ay! y retrocedieron de un salto. A una distancia prudente, Joana, la mujer de Salazar, daba el pecho a uno de sus hijos y les miró sobresaltada. No se atrevía a preguntar qué estaba pasando, ni mucho menos a acercarse. Maravillados, los dos hombres no salían de su asombro. Martínez vio que en la media lima se había formado el rostro de Cristo crucificado. Salazar, que era mejor observador, vio una imagen del Santísimo Cristo crucificado, pero el suyo tenía la cabeza inclinada hacia uno de los lados, muy clara y nítida. Además, también vio que la última vez que escupí en la lima me salió un resplandor de la boca, como si fuera una llama de fuego. Todavía estaban tratando de aclarar sus ideas, esforzándose en comprender lo que habían visto, cuando empecé a gritar.

—¡Dios mío! ¿Quién soy yo? —exclamaba—. Virgen Santísima, ¿qué es esto? —Y mientras me golpeaba la cara con las manos, la tensión creada por el extraño ritual estalló y todos empezaron a llorar. Salazar, Martínez, Joana, y yo misma, éramos un mar de lágrimas, lamentos, alabanzas y letanías. Martínez se arrodilló, juntó las manos, y se puso a rezar con la mirada suplicante dirigida hacia uno de los rincones del techo. Salazar no paraba de repetir “Señor ten piedad, Señor ten piedad”. Joana se santiguaba sin parar, como dominada por un espasmo nervioso, y cada vez que completaba un ciclo se besaba la mano. Quien más y quien menos llegó a pensar que se abrirían los cielos y aparecería algún emisario divino para devolverles la salud tanto tiempo perdida. También podría pasar que la dudosa ceremonia llegara a oídos del Santo Oficio y tuviera un final menos festivo, pero no había que ser pesimistas; de momento estaban allí, maravillados por aquel prodigio, y tremendamente alterados. Yo procuraba controlar la escena alzando la voz entre el quejoso acompañamiento; y, entre sollozos y gemidos, me acerqué a Martínez y le puse la media lima en el ojo malo.

—Tenga *vuesamerced* confianza en Dios, que mañana puede que

esté sano —le dije con suavidad.

—Eso espero; confío en la divina Misericordia —respondió un lacrimoso paciente.

—Es hora de retirarse a sus casas —les dije al final—, seguiremos mañana.

Por supuesto, todo era pura sugestión. El truco me lo habían enseñado mis tíos. Cualquier intervención sobrenatural siempre es recibida de buena gana por los enfermos y refuerza sus posibilidades de curación. Lo que no remedia la medicina puede remediarlo la fe.

A la mañana siguiente, Martínez volvió acompañado por su mujer. Llevaba la media lima en el ojo, sujeta con un pañuelo, y tuvo que explicar la dolencia y la sanación a cuantos curiosos se encontraron por el camino.

Joana le retiró la media lima. Todavía se podía ver en ella la imagen del Santísimo Cristo crucificado. Martínez decidió envolverla respetuosamente en un papel y guardársela para mostrarla a sus incrédulos vecinos. Se sentía protagonista de un suceso extraordinario y acariciaba la idea de convertirse en centro de atención del vecindario, al menos durante algún tiempo.

Todas las noches volvía para que le repitiera el tratamiento. Siempre le ponía la media lima en los ojos de la misma forma, pero ya no volvió a aparecer en ella la imagen del crucifijo. Ya estaba atrapado por el ritual anterior y no era necesario repetirlo. Aquel día su ojo malo no destiló ni gota, y en días sucesivos el lagrimeo fue disminuyendo hasta que desapareció.

El alpargatero estaba curado.

Capítulo 3

—¡Te prohíbo que vayas a esa casa! —la voz aflautada del boticario resonaba en la estancia.

—No puede impedírmelo —replicó su apuesto hijo—. Tengo veintiún años cumplidos.

—¡Como si tuvieras cien!

—En eso yerra mi señor padre —respondió el hijo con sorna—. Si tuviera cien estaría criando malvas. Se me habrían acabado los paseos por este pueblo, por esta vida, y tal vez por la otra —añadió en un tono provocativo y burlón que exasperaba al padre.

—¡No me repliques y no seas blasfemo! —bramó el boticario, fuera de sí—. ¿Cómo puedes ser tan desagradecido? ¡Has salido a tu madre!

—Eso dicen —le espetó el hijo, que parecía disfrutar sacando al boticario de sus casillas. Por la calle corría un comentario malicioso que ponía en duda la paternidad del boticario. Su hijo siempre se había preguntado qué había de cierto detrás de tanta maldad, pero el boticario guardaba un escrupuloso silencio, y la falta de respuestas las suplía el hijo con insinuaciones infantiles.

—¿Cómo te atreves, ingrato? Pronto vendrán los examinadores y serás boticario y dueño de esta botica. Debes casarte con una mujer de tu posición social, no con una desarrapada que te arrastrará a la perdición.

—Pues se murmura que *vuesamerced* ha ido cloqueando detrás de medio pueblo —dijo el hijo, echando más leña al fuego—, bien podría yo pretender a una sola.

—A una sola, sí, pero no a esa desgraciada, de la que no sabemos nada. Ni quiénes son sus padres, ni de dónde viene, ni qué pretende.

—Pues por el pueblo se dice que su tío debe ser persona de calidad porque conoce al inquisidor don Fernando de Rojas —el joven no pensaba dar su brazo a torcer. Estaba dispuesto a defender a la bella desconocida hasta sus últimas consecuencias.

—¡Por Dios!, ¿cómo puedes ser tan ingenuo? —replicó el padre, con cierto desencanto—. Escucha más a tu padre y menos a tu bragueta. Un inquisidor de tan alto nivel no se relaciona con las heces del mundo y los deshechos de la tierra, a no ser que estén presos en las cárceles secretas de la Santa Inquisición y tenga que tomarles declaración. ¡No sabemos nada de esa curandera y eso es todo!

—Pues se pregunta, ¿cuál es el problema? —el hijo parecía

decidido a mantener su actitud rebelde.

—¡Arderás en el infierno, por respondón y mal hijo! —repuso el padre, rojo de cólera.

—Prefiero arder en el infierno que abrasarme en esta vida por no hacer lo que debo.

—Necesito una valeriana —dijo el boticario bajando el tono de voz y llevándose la mano al pecho—. Si no me tranquilizo me va a dar un pasmo.

—Lo siento —dijo el joven—; no pensé que una cosa tan trivial le alteraría tanto. Sólo me estaba divirtiendo haciéndole rabiar.

—No sigas, no sigas, que me estás matando a disgustos. Valeriana...valeriana; necesito serenarme —repetía con un hilillo de voz apenas audible.

* * *

Salazar esperaba que le curaría el reuma y la gota de la misma manera que le había sanado de los dolores en el pecho, pero eso podía tardar. Mientras tanto, yo procuraba vivir cristianamente y no ser motivo de escándalo para nadie. De mañana iba a la iglesia, y algunas tardes al Vía Crucis con muchos de los que curaba. Los tenía rezando a todas horas, y del dinero que me daban por las curas hacía celebrar misas. No me cansaba de repetir que oía hasta ocho o diez misas diarias. Era una exageración, pero nadie llevaba la cuenta, y los excesos religiosos eran tolerados por aquella sociedad temerosa de Dios.

Estaba entretenida con las rutinas diarias, pero un buen día recordé las instrucciones que mi tío me había dado mientras esperábamos a que abrieran las puertas de la villa: “diles que tienes hechizos para desencantar tesoros”. Las palabras de mi tío me vinieron a la memoria, pero lo de los tesoros no era más que un vil engaño para desplumar a los codiciosos y ponerlos a cavar en un pedregal hasta que les sangraran las manos. No quería hacerles eso a quienes tan generosamente me mantenían en su casa. La sola idea de perjudicarles me repugnaba. Debía dedicarme a sanar a la gente a cambio de unas monedas. Nada más.

La propuesta que un día me hizo Joana, la dueña de la casa, ya no me parecía tan descabellada. Dejar de vagar; echar raíces en aquel pueblo al lado del hombre adecuado, aunque fuera viudo, podía ser una buena salida. Pero, ¿dónde estaba ese mirlo blanco?

De momento, mi vida estaba ligada a la de mis tíos, y ellos volverían en Pascua. Siempre me habían tratado bien y me habían dado cuanto tenían. Pero, ¿qué tenía, en realidad? Nada. Vivía de caridad en una casa ajena. Con mis tíos volvería a ser libre como un

gorrión. Libre, pero durmiendo a la intemperie y pasando hambres caninas. Al menos los gorriones tenían un abrigo de plumas, y yo me helaba de frío en cuanto caían las primeras nieves.

Llevaba algunos días debatiéndome entre seguir el camino más razonable, que era la propuesta de Joana, o dejarme llevar por el influjo de mis tíos. Al final, el vínculo familiar fue más fuerte y decidí seguir unida a mis tíos, de manera que no podía defraudarles. Probaría suerte con lo del tesoro encantado.

Mi anfitrión y otros dos hombres guardaban turno para recibir sus cocimientos de hierbas en una de aquellas sesiones nocturnas.

—Voy a decirles a *vuesasmercedes* un secreto que no deben revelar por nada del mundo —les dije en voz baja para darle un toque misterioso al embuste—. En el viejo castillo que está a media hora del pueblo hay un enorme tesoro de plata y oro. —La noticia hizo que mis interlocutores se miraran con incredulidad.

—Nunca se ha oído decir nada parecido en este pueblo —dijo uno regordete que era tabernero y olía a fritanga. Todos los que pasaban por su taberna a echar un trago terminaban hablando más de la cuenta. Si hubieran sabido algo lo hubieran dicho, aunque sólo fuera para presumir, y él lo sabría.

—¿Y cómo lo sabes? —quiso saber el otro paciente, que era sastre.

—Porque yo sé muchas cosas —respondí—. No quieran *vuesasmercedes* que les revele los secretos de mi ciencia. Eso queda muy lejos de mi intención. El día de Pentecostés tienen que acompañarme hasta aquel castillo.

—Pero habrá oficios religiosos y tenemos que asistir —dijo el tabernero—. Todo el pueblo estará pendiente de nosotros y cualquier arriero que pase por el lugar se irá de la lengua.

—Es cierto. No había caído en la cuenta —apostilló el sastre—, el justicia querrá saber qué estamos tramando y no nos dejará en paz. Además, es hermano de mi mujer, y un cabrón. Qué más quisiera él, que tener un pretexto para echarme el guante.

—¿Y quién deja un tesoro enterrado en el monte? —quiso saber el tabernero, tratando de hacerme caer en alguna contradicción. Se notaba que era un hombre habituado a conversar, a que sus parroquianos se sintieran cómodos mientras ingerían su vino aguado. Así obtenía una información que algún día podría serle útil, aunque de momento debía guardársela para sí. Un tabernero debía ser discreto.

—¿Quienes van a ser? —repuse con celeridad—. Los moros; los moros que vivían en estas tierras antes de que las conquistáramos para nuestro rey y nuestro Dios. La única pega es que eran grandes hechiceros; enterraban el oro y lo protegían con encantamientos. Pero

no sería la primera vez que sacamos a la luz un tesoro oculto. Mi tío ya lo hizo en un pueblo de la sierra granadina. Por desgracia, era tan grande que despertó la codicia del señor del lugar y se lo arrebató. Nunca supimos como se había enterado, pero siempre sospechamos de un criado que nos había enviado un rico hacendado que participaba en la excavación. Por eso es tan importante encontrar personas de confianza. —Llevaba la lección bien aprendida, una lección que había repasado mil veces con mis tíos.

Salazar no dijo nada, pero su silencio le delataba; tampoco se sentía atraído por una aventura tan disparatada. La conclusión no podía ser otra; en Villalba no eran tan crédulos ni tan codiciosos como los habían pintado mis tíos. Debía cambiar de táctica. Entonces decidí avivar su codicia embelleciendo el relato.

—Si nada han oído *vuesasmercedes* se debe a que el tesoro está protegido por un encantamiento —les dije.

—Entonces, asunto resuelto; no hay nada que hacer, el encantamiento lo protegerá de nuestros picos, palas y azadones, y de los de cualquiera —dijo el sastre.

—Efectivamente; la verdad es que no me apetecía ponerme a cavar —añadió el tabernero, sincerándose—. Con la de borrachos y vinosos que hay en este pueblo, me gano la vida la mar de bien.

—Es que yo puedo romper ese hechizo —dije, tratando de recuperar el control—. En unos días vendrán mis tíos para continuar nuestro camino hacia el reino de Aragón. Pasada la fiesta de Pentecostés volveré para que *vuesasmercedes* me acompañen hasta el castillo, romperé el encantamiento y nos apoderaremos del tesoro.

—¿Así de fácil? —quiso saber un desconfiado tabernero.

—Por si no lo he entendido bien —añadió el sastre—, ese día subimos al castillo, rompes el encantamiento, y acto seguido nos llevamos el tesoro.

—Así es —asentí.

Por supuesto, ni había tesoro ni encantamiento, pero ya encontraría algún pretexto para alargar la búsqueda mientras les sacaba la plata. De momento me bastaba con salir airosa de la propuesta, pero Salazar seguía en silencio y había que involucrarlo como fuera en la trama. No podía permitir que mi anfitrión empezara a dudar de mí y su desconfianza se contagiara a los demás.

—Sólo necesito que *vuesamerced* tenga preparado un cirio verde de los oficios de Semana Santa —le dije a Salazar—. Ese cirio es necesario para deshacer el hechizo —añadí.

—Descuida; tendrás el cirio que necesitas —me confirmó Salazar. Le había curado de una enfermedad que se había resistido a todos los

doctores del lugar y estaba agradecido. Lo del tesoro no le seducía en absoluto. Era un campesino acomodado; labraba su fortuna con sus manos y sus ganas de trabajar y no necesitaba perseguir quimeras.

Los de Villalba eran gentes sensatas. Pese a las promesas de obtener una ganancia fácil y a mis esfuerzos por mostrarme convincente, no conseguí despertar la codicia de aquellos tres hombres. Entonces pensé que si les adivinaba pequeñas cosas, fáciles de comprobar, ganaría reputación como adivina y tendría la confianza de todos los crédulos de la comarca.

Quería demostrar a mis tíos que valía para el oficio que me habían enseñado, aunque tuviera que traicionar a quienes me habían acogido en su propia casa. No obstante, procuraría que no salieran demasiado malparados.

Y, por amor a la familia, decidí poner en práctica los trucos que me habían enseñado mis tíos.

—*Vuesamerced* tiene una verruga bajo el brazo —le dije un buen día al alpargatero Martínez cuando guardaba turno para recibir sus vapores. El comentario lo dejó consternado porque era cierto. Nunca me había visto, y lo de la verruga siempre lo había mantenido en secreto; una imperfección de ese tipo no era algo de lo que se pudiera presumir. De joven había intentado curársela con una pomada de celidonia y otras hierbas que le preparó el boticario, pero no había dado resultado.

El alpargatero era poco dado a guardarse las cosas para sí. Su oficio le exigía mantener el contacto con la clientela para que no se fueran a la competencia, y cualquier noticia que llegaba a sus oídos la compartía gustoso con todos. La media lima con el Cristo crucificado había pasado por las manos de medio pueblo, incluso de muchos que no compraban sus alpargatas. Cogían la manoseada lima, la miraban, y si permanecían callados o le daban la vuelta buscando la cruz desde otra perspectiva, es que no habían visto la imagen milagrosa o eran más lentos de lo normal. Entonces él mismo les iba explicando por dónde iba el contorno de la cruz, los brazos, la cabeza inclinada a un lado y otros detalles que él tampoco había visto, pero Salazar sí. El resultado siempre era el mismo; sugestionados por las explicaciones del alpargatero veían la cruz y lo que hiciera falta. Al principio era un fastidio tener que parar tantas veces para repetir lo mismo, pero terminó por comprender que debía aprovechar la ocasión para promocionar sus alpargatas. Aquella publicidad gratuita iría muy bien al negocio.

Para Martínez, el asunto de la verruga era otro regalo inesperado. Le serviría para estrechar lazos con todos los que pisaban sus alpargatas. Muchos le habían visto acudir a casa de Salazar con un ojo

tapado con media lima. La sujetaba a la cabeza con un pañuelo; pero ahora tenía la oportunidad de revelarles otro prodigio: tenía una verruga bajo el brazo. Por supuesto, lo maravilloso no era una vulgar verruga, sino cómo se la había adivinado aquella joven forastera de la que hablaba medio pueblo.

Pero difundir esta primicia era un engorro; tenía que apartarse la capa, arremangarse la camisa hasta las axilas y mostrar a los curiosos su ya célebre verruga. La miraban extasiados sin salir de su asombro. Alguno incluso no pudo evitar santiguarse, por si acaso. Sugestionados por los sermones del párroco, siempre veían algo perverso o diabólico detrás de cualquier menudencia, algo que olía a azufre, pensaban, pero en realidad era algo más mundano. Martínez no se mudaba de camisa durante días, tal vez durante semanas, acumulando vapores y sudores que prendían en la tela y en su cuerpo, y eso hacía que aquellas maniobras exhibicionistas atufaran endiabladamente mal.

En boca del alpargatero, el nuevo reclamo produjo su efecto. En casa de Salazar no cabía más gente. Ya no acudían a consultar a la curandera, querían ver a la adivina en acción. El pueblo andaba escaso de entretenimientos. Los chismes cotidianos venían repitiéndose desde hacía demasiado tiempo y habían perdido interés frente a esta novedad.

Una tarde se encontraban allí más de diez hombres guardando turno para recibir su sesión de vapores y perfumes, y quise demostrarles mis dotes de adivina. A todos, sin haberlos visto nunca, les adiviné los accidentes que padecían y también las señales que cada uno tenía en el cuerpo.

—Pues yo que no tengo ninguna señal, ¿qué dirás de mí —quiso saber el carpintero José Ventura.

—Dios lo sabe, y yo —le respondí.

—Pues dime qué accidentes tengo —insistió el carpintero.

—Eso, eso, díselo —reclamaban los demás asistentes con viva curiosidad.

—Dios lo sabe y yo también —repetí—. La señal que *vuesamerced* tiene nadie más la tiene en Villalba. Son cuatro nudos en las rodillas. También tiene en una muñeca la señal de una gota de aceite que le salpicó cuando era niño y otra señal en el cuello.

Un temor reverente se apoderó del carpintero, que retrocedió unos pasos, mirando de reojo a la concurrencia. No quería que notaran su turbación. Iba embozado en la capa y nunca me había visto, ni él ni ninguno de los asistentes. Tampoco sabía nada de la señal que decía tener en el cuello. Apartó la capa y todos se acercaron para comprobarlo. Ya no había duda. Aquella desconocida tenía un don —pensaron—. Algunos de los presentes debieron recordar aquel pasaje

de las Escrituras en que los apóstoles fueron reprendidos por su poca fe frente a los que, sin haber visto, habían creído. No era la misma situación, pero el ámbito de la magia y el de los milagros es difuso. Habían visto y hora creían. Eso les animó a preguntar; nadie quería ser tachado de timorato ni de incrédulo.

Uno de los asistentes, Rafael Bellido, se armó de valor para preguntar por sus dolencias.

—Dios lo sabe y yo también —volví a decir—. *Vuesamerced* tiene una señal en un muslo.

Tan audaces aciertos incrementaron mi aureola de milagrera, y los enfermos y los curiosos acudieron en masa. Los primeros buscaban mis habilidades como curandera, y los otros mis revelaciones como adivina.

Hasta Jaume Esquerrer, el alcalde mayor, en cuanto se enteró de que en casa de Salazar había una adivina, quiso participar en el mayor entretenimiento que había tenido la villa desde tiempo de sus abuelos. Valiéndose de su autoridad se abrió paso entre la docena de curiosos que me rodeaban y se colocó en primera fila.

—Adivina el dinero que tengo en el bolsillo y en qué calidad —me pidió.

—Lo sabe la Virgen y yo también —repliqué.

—Díselo, díselo... —reclamaron los presentes, todos a una.

—Un escudito o florín de oro y veinticinco menudos tiene *vuesamerced*. —El alcalde los sacó y, efectivamente, tenía el florín de oro y veinte menudos. Se quedó boquiabierto y tan sorprendido que no supo qué decir, marchándose de la reunión muy aturdido.

Al cabo de dos o tres noches quiso volver a tentar la suerte y volvió a casa de Salazar. Aquella noche sólo estaba Salazar, su mujer, y el cerrajero Batiste Forcadell.

—Adivina qué traigo bajo la capa —me pidió, estando embozado hasta las orejas.

—Eso, Dios lo sabe y yo también —le respondí como en las noches anteriores—. Tírele *vuesamerced* de la cola y verá si le muerde.

El alcalde se quedó perplejo. Abrió los ojos como movido por un resorte, dio media vuelta y sin decir media palabra se fue. Al día siguiente, la mujer de Salazar quiso saber qué era aquello que el alcalde escondía bajo la capa y me lo preguntó.

—Un perrillo faldero —le contesté.

El rumor de que una adivina forastera curaba por gracia todos los males y adivinaba las cosas ocultas era imparable; seguía ejerciendo una fuerza irresistible sobre todos los crédulos de Villalba. El regidor Martí Traver se enteró por boca del hospitalero Vicent Marco. Tenía

un nieto de 12 años, que estaba tullido, y me pidió que lo viera.

—Lo curaré con el favor de Dios. Si lo consigo me pagará *vuesamerced* el trabajo, y si no, no quiero nada —añadí.

Y yo misma volví a la botica y traje muchos polvos y hierbas para hacerle muchos baños y perfumes, pero no obtenía ningún resultado. Le hice matar hasta tres carneros para comprar más medicinas, y estuve curando al nieto del regidor durante un mes, pero el muchacho no mejoró. Quedó como estaba y, por no haberlo curado, el regidor no tuvo que darme cosa alguna.

A pesar de todo, nadie podía reprocharme nada. Durante todo aquel tiempo no hice nada malo. Sólo decía muchas veces que curaba de gracia, y que en el paladar tenía impreso un santo crucifijo y otro en cada lado de los pechos, en la carne, pero nadie los había visto. Por supuesto, todo esto era falso, pero la gente quiere oír historias de ese tipo.

Pero los días pasaban y el sol seguía ensañándose con aquella hermosa tierra.

Capítulo 4

El boticario Yago de Medina descorrió los pesados cortinajes, y la tenue luz de la mañana penetró en la habitación. Otro día de calor —pensó—; la semana pasada, a estas horas, se notaba un frescor de lo más agradable, y ahora ya empieza a sentirse el bochorno.

Abrió la puerta del balcón para renovar el aire del dormitorio. Había usado el orinal a conciencia y la habitación olía a mierda en remojo. Con gusto lo hubiera vaciado por la ventana, pero los alguaciles se la tenían jurada.

Su padre, que en gloria esté, lo hizo en una ocasión y por no dar a tiempo el aviso ¡Agua va!, lo llevaron preso. La porquería había caído sobre la ronda nocturna y todos sus miembros estimaron que era un atentado contra la autoridad. Ciegos de ira, gritaron, maldijeron y desenvainaron las espadas, aporreando las puertas de las casas más próximas hasta que dieron con el autor del estropicio.

El resultado del sucio desliz fueron algunas casacas y sombreros meados, nada que no pudiera remediarse con agua y jabón, pero los de la ronda estaban furiosos y quisieron hacerlo notar. Revolvieron la botica y la rebotica, causaron diversos destrozos aquí y allá, y la emprendieron a golpes con el indefenso anciano hasta llevárselo en camisa y lleno de magulladuras a las cárceles públicas. ¿Era necesario humillarle de esa manera? No, pero los alguaciles venían transmitiéndose el mismo santo y seña desde tiempos de su difunto padre, “andad con tiento cerca de la botica”.

Había que extremar las precauciones. La criada se encargaría del orinal.

Toda la casa estaba en silencio. Su hijo todavía dormía en uno de los dormitorios de la primera planta y sólo se apreciaban señales de actividad en la planta baja. Será la criada, pensó, estará limpiando los morteros. La víspera había tenido que moler, hervir y mezclar muchas cortezas, hierbas y polvos; era necesario limpiar los recipientes para poderlos usar de nuevo a lo largo de la jornada. El orden y la limpieza eran esenciales en una botica. No podía reutilizarse el mismo mortero sin quitar las trazas de anteriores mezclas. Podría arruinar los nuevos preparados y dañar al paciente en lugar de curarlo; correría la voz y sería su perdición. Yago de Medina, a los ojos de muchos de sus vecinos sería un mequetrefe, pero era un mequetrefe aseado.

—¡Diego! —gritó, llamando con los nudillos a la puerta del dormitorio de su hijo—; te espero para desayunar. Acuérdate de sacar las cortezas y las raíces al sol.

—Enseguida voy, padre —respondió. Hoy no pienso contrariarle en nada, pensaba; asentiré sin inmutarme a cuanto diga. No quiero vivir otro infierno. Cuando pienso lo tranquilo que vive Juan José Ocaña en la universidad, lejos de su padre, siento un poco de envidia. Su padre le da una cantidad de dinero para que pueda mantenerse, y ese dinero lo invierte de forma ejemplar. No tiene que respetar a ningún padre, obedecer a ningún maestro, ni cumplir ninguna norma. Hace lo que le viene en gana y no acude a clase más que seis o siete veces al año; el resto del tiempo lo pasa en tugurios de mala muerte, rodeándose de fulanas y rufianes, insultando a los catedráticos o gastando los sudores paternos en malos vinos y peores compañías. Cuando salió de Villalba era un mozo bien plantado; no había ninguna joven que no suspirara por él, pero ahora parece un pellejo abotargado y fofo. Lleva una vida regalada, el muy canalla.

A ver dónde dejé esas malditas cortezas, pensó. La pasada semana había subido con su padre a los montes cercanos a coger raíces para sus preparados. Era la estación adecuada; con el tiempo seco conservaban mejor sus propiedades, y para un boticario era importante conocer plantas y raíces para no confundirlas. Había limpiado las partes muertas o enfermas, y las había cortado o quebrantado, según lo que permitía su grosor. Ahora debía sacarlas al balcón para que se secaran al sol. Su padre estaba convencido de que, si se secaban a la sombra, su propia humedad las echaba a perder. Razón no le faltaba; por propia experiencia sabía que las rosas, violetas y otras flores salían con más color secas al sol que en la sombra.

Cogió raíces y cortezas y las extendió sobre un cedazo en el balcón. Luego se dirigió hacia el comedor de la planta baja, donde le esperaba su padre.

—Ya está aquí el futuro boticario —dijo su padre, orgulloso del joven—. ¿Has sacado las cortezas al balcón? Recuerda que puede ser una pregunta del examen.

—Las he dispuesto en el mismo orden que *vuesamerced* me ha enseñado —respondió. Sabía que al boticario le gustaba que le reconociera sus desvelos por instruirle y, la verdad, no costaba nada tenerlo contento. La pega era que cogía confianza y no paraba de atosigarle con preguntas y más preguntas hasta agriarle el desayuno. Y sus temores se cumplieron.

—¿Qué usarías para preparar las píldoras? —le preguntó. Seguía masticando un trozo de bizcocho mientras lo miraba con curiosidad—; ¿zumos, agua o jarabes? —quiso saber.

—Jarabes, siempre jarabes —respondió el hijo, al tiempo que pensaba "lo sabía; sabía que si le daba alas ya no pararía hasta la

noche".

—Pero, Diego, tienes que dar una explicación; los examinadores querrán oír un razonamiento. La elección, la preparación y la composición de los medicamentos debe razonarse. Por qué es conveniente adoptar una solución y no otra, sus ventajas, sus inconvenientes... Además, recuerda que cualquier persona del público podrá preguntarte. Todos los boticarios de Villalba y de los alrededores estarán presentes, y como no querrán tenerte como competidor elegirán las cuestiones más rebuscadas y confusas.

—Como *vuesamerced* diga, padre —respondió con paciencia—, pero ¿es necesario tener esta charla ahora? ¿No sería mejor desayunar y dejarlo para más tarde?

—¡No! —gritó el padre en un tono que no admitía réplica—; siempre es el momento oportuno para aprender algo nuevo.

—Le pido disculpas de nuevo, padre —dijo el hijo aparentando docilidad. El boticario se estaba alterando, y si seguía excitándose tendría que oír su voz de falsete durante todo el día; eso era algo que debía evitar a toda costa.

—Bueno, te estoy esperando. —El boticario volvía a impacientarse.

—Para las píldoras debe emplearse jarabe, siempre jarabe —hizo una pausa—. Se consigue seis veces más que si se emplea agua o zumos; además, cuando el agua y los zumos se secan alteran las dosis de los medicamentos. Con el agua y los zumos es mejor formar un jarabe con la miel que sea necesaria para unir los polvos. Luego se forman masas de onza y media y se ponen a secar a la sombra, sobre una tela de cedazo.

—Magnífico; se van a quedar con la boca abierta —dijo el boticario, aplaudiendo con entusiasmo la intervención de su hijo. Desde luego sabía como motivarle.

Pero los hijos, a veces, son unos desagradecidos, y Diego quería acabar su desayuno sin tanto sobresalto. Así que mientras sorbía y masticaba meditaba una forma de terminar la sesión.

—He leído por alguna parte que la sangre de cabrón es ideal para los propensos a la piedra —le dijo, como si fuera una noticia curiosa. Volvía a traer el viejo rumor que ponía en duda la paternidad del boticario. Deseaba oír la versión de su padre, un punto de vista que acabara con sus dudas, pero como su padre nada decía terminó trayéndolo por pura diversión. Aquella mañana pensó que tal vez le ayudaría a terminar el desayudo en paz.

—¿Cómo dices? —preguntó un sorprendido boticario.

—Es sobre la sangre de cabrón contra el mal de piedra —a veces

tenía razón su padre. Sabía ser cruel sin ninguna necesidad—. Hay que criar al animal bien sano, pero no acabo de entender qué necesidad hay de alimentarlo con hinojo. Por otra parte, cuando se degüella hay que recoger la segunda sangre en un barreño, cubrirlo con un paño claro y ponerlo al sol. Cuando está seca debe molerse muy fina y guardarla. Hasta aquí todo parece correcto, pero no sé qué se hace con la primera sangre, que es la más fina, ni con la última, la más espesa; por más que he buscado no lo he encontrado. —Parecía disfrutar con el efecto que había logrado, y un brillo delator iluminó sus pupilas. Su padre había dejado de sorber y de masticar, y lo miraba tratando de adivinar dónde pretendía llegar su vástago.

—¡Estás empezando la casa por el tejado! —gritó el boticario. Sabía que detrás del aire inocente y casual de su hijo no había más que malicia, aunque seguía ignorando qué se proponía—. No quieras correr tanto ni empezar a darme lecciones. Aún es pronto para eso.

—No son lecciones, padre; era un comentario inocente unido a mis ansias de saber, de disipar dudas —respondió el hijo, procurando disimular el regocijo que sentía.

—En tus comentarios no suele haber inocencia sino diablura. Al demonio lo pintan con cuernos sin estar casado y a los casados los pintan con cuernos sin ser cornudos —le dijo—; y no esperes que te rinda cuentas porque no tengo cuentas que rendir. No obstante, ya que te gusta tanto la cuerna, dime, ¿cómo se prepara el cuerno de ciervo? —El boticario seguía imperturbable; se calmaba con la misma facilidad que se alteraba, y cuando recuperaba el control le devolvía la pelota al hijo, que no esperaba esa reacción.

—Pues así de pronto no se me ocurre nada.

—¡Mal, muy mal! —bramó el padre—. Estás empezando a relajarte y tienes que ser boticario; la tercera generación que continuará el legado de nuestra familia. Del ciervo sólo se aprovecha el cuerno derecho, y tiene que ser de un animal joven, menor de tres años, pero te noto ausente y será mejor dejarlo por ahora. Esta tarde te mostraré cómo se prepara el cuerno de ciervo; mañana o pasado lo mezclaremos con varios licores y así conocerás muchas de sus aplicaciones más solicitadas.

—Lo que *vuesamerced* diga, padre —respondió un resignado Diego.

* * *

—Juan José, tengo que ver a esa hermosa curandera —Juan José Ocaña escuchaba con paciencia a su amigo. Había gastado la asignación universitaria de todo un mes en una borrachera multitudinaria para sus compinches y se había visto obligado a volver a Villalba fingiéndose enfermo. Al menos hasta que su bendito padre volviera a darle cuanto le pidiera para libros, clases, hospedaje y

comida; dinero ahorrado a costa de sudores y de privaciones que en realidad iría a manos de taberneros, fulanas y amigotes. Maese Ocaña no se merecía eso. Su único hijo se estaba echando a perder y parecía empeñado en arrastrarlo detrás.

—Nada más fácil —le respondió con desenfado—; te presentas en casa de Salazar y le pides unos vapores de hierbas, un filtro o un colirio, lo que se te antoje, como hace todo el mundo.

—Eso ya lo sé —le espetó—. No te pongas borde conmigo; eso no me ayuda. Lo que quiero es un pretexto para verla con disimulo, lejos de la botica. No quiero que nos sorprenda mi padre. A ti que vas a ser abogado se te ocurrirá algo, supongo.

—¿Abogado, dices? —Juan José se puso serio; pensar en su futuro sólo le daba escalofríos. Algún día tendría que rendirle cuentas a su padre y esa perspectiva no le hacía demasiado feliz—. Estoy más cerca de ser licenciado en tabernas que en leyes —dijo, sincerándose con su amigo—, pero se me ocurre alguna solución. Puedes secuestrarla, aunque le darías una inmensa alegría al alguacil. —Apenas dijo esto, estalló en carcajadas.

—¿Qué es eso tan divertido? —quiso saber Diego, que empezaba a temer que no conseguiría nada sensato de su amigo.

—Me río porque tiene gracia. La palabra alguacil es una palabra morisca, no cristiana —debía haberlo aprendido en algún antro; a los catedráticos no les daba ninguna oportunidad—. El odio que algunos tienen a los de tu linaje se debe a que tu abuelo era un cristiano nuevo, hijo y nieto de moriscos enriquecidos. Podría decirse que tus antepasados les regalaron esa palabra, y ahora la usan contra vosotros; ¡Que viene el alguacil! —decía riéndose— ¡Ayuda al rey!

—¡Desdichado! —le interrumpió Diego sin dejar de sonreír—. El alcohol te ha encogido el cerebro. En los dos años que llevas como estudiante has tragado más vino que todos los habitantes de Villalba juntos. Ahora empiezan a notarse sus efectos; debes tener la sesera con más agujeros que un cedazo de aventar garbanzos.

—No hago más que cumplir uno de los mandamientos estudiantiles más respetados —dijo su risueño amigo—. No dejes para mañana lo que puedas beberte hoy.

—¿Quieres dejar las gracietas estudiantiles a un lado, olvidarte de mi familia, y centrarte en lo que te estoy pidiendo? —Diego empezaba a arrepentirse de haber acudido al amigo de otro tiempo, un amigo que ya no parecía el mismo. La universidad lo había cambiado; bueno, la universidad no, los suburbios que había cerca.

—Lo que vuecencia diga —dijo su amigo, haciendo una exagerada reverencia para, a continuación, volver a estallar en carcajadas—. Vaya, me divierto más aquí que en la universidad.

—¿Qué universidad, si no apareces en todo el año? —repuso Diego, bastante ofendido por la ligereza de su amigo. Estaba intentando que recuperara la cordura, pero empezaba a creer que todo su esfuerzo sería en vano.

—No me refiero a la universidad dejada en manos de esos viejales presumidos —dijo el amigo, como queriendo demostrar lo mucho que había aprendido—; me refiero a la universidad de la calle, el único sitio que te enseña cosas útiles de verdad, conocimientos que puedes aprovechar en tu vida cotidiana.

Al fin, Diego obtuvo la impresión de que su amigo estaba recuperando la compostura y le revelaría alguna de esas soluciones útiles y provechosas, aunque la hubiera aprendido Dios sabe dónde.

—Si es así, ilústrame —le pidió—, dime algo que pueda aplicar en mi vida.

—Pues mira, ya que me lo pides así, con esa humildad, te voy a revelar algo útil de veras —le respondió, haciendo una pequeña pausa para captar toda la atención de su amigo—. Que conste que lo hago como un favor personal, por nuestra vieja amistad —había conseguido que su amigo fuera todo oídos—. Te voy a enseñar a distinguir el vino aguado del que no lo está sin necesidad de catarlo. —Y volvió a estallar en carcajadas.

—¡Por Dios, Juan José, ya basta! —exclamó un acalorado Diego.

—Es que tiene gracia —decía su amigo sin poder dejar de reír—. Me acabo de acordar que en tu familia no probáis ni una gota.

—¿Y qué tiene que ver eso con lo que te estoy pidiendo?

—Nada; es que noto cierto tufillo... —No pudo acabar la frase; una risa espasmódica acompañada de una fuerte tos se lo impedía.

—Vamos, amigo mío, te acompañaré a casa.

Más preocupado por su amigo que indignado, Diego decidió dar por concluida la charla y dejarlo en un sitio seguro hasta que se le pasara la euforia, o lo que fuera que lo tenía trastornado.

* * *

La casa de Salazar era la más concurrida del pueblo. Cada noche, numerosos vecinos hacían cola para recibir los vapores y perfumes en un rincón del patio, junto a la cuadra. El sobrante se tiraba en el mismo sumidero que recogía las aguas pluviales.

—Buena noche tengan *vuesasmercedes* —dijo Diego dirigiéndose a un grupo de visitantes que esperaban en la entrada.

La puerta estaba entreabierta y no hubo necesidad de llamar ni de explicar el motivo de su presencia. Se daba por supuesto que todos querían ver a la curandera. Pero eso valía para la gente corriente, no para el hijo del boticario. ¿Qué hacía el hijo de un boticario en casa de

una curandera? Si quería pasar desapercibido hubiera tenido que elegir otro lugar para encontrarse con la joven. Pero era tarde para rectificar; todas las miradas estaban pendientes de él. Mi padre no tardará en enterarse, pensó.

—Pase *vuesamerced*, es su turno —Joana, como todos, se preguntaba qué hacía en su casa el hijo del boticario. Había destinado el comedor de la casa para que la curandera pudiera recibir a los enfermos y acompañó a Diego hasta allí.

—¿En qué puedo servir a *vuesamerced*? —le preguntó la joven.

—Necesitaba... —estuvo tentado de decirle que necesitaba verla, sin disimulos, pero se detuvo a tiempo y se quedó callado. No recordaba el pretexto que se había preparado.

—¿Qué necesitaba *vuesamerced*? —le preguntó Francisca, que no podía disimular su regocijo al observar como el apuesto joven se ruborizaba.

—Esto... ¿cómo dice? Ah, sí —Diego estaba dando un espectáculo bochornoso. ¿Dónde estaba aquella seguridad que solía exhibir? Balbuceó, tartamudeo, carraspeó, y al final le vino a la memoria el motivo de su visita—. Un filtro de amor; eso es, necesito un filtro de amor para la mujer de mis sueños. —Quería resultar convincente. No podía pedirle algo que podía obtener en su botica, por eso se le ocurrió lo del filtro de amor. La ciencia de los boticarios no llegaba tan lejos.

—¿Un filtro de amor? —la sonrisa de la joven se había esfumado —; ¿Para *vuesamerced*? —no podía creer lo que estaba escuchando. Un joven que podía elegir a cualquier chica de aquel pueblo, y aun de la comarca, necesitaba un filtro amoroso. ¿Acaso no había espejos en su casa?, pensó.

—Es algo complicado de contar —le dijo. Diego recuperaba el control, pero a juzgar por el cambio que notó en la joven empezó a dudar de que su plan fuera a dar resultado.

—Pruebe *vuesamerced* —le respondió la joven. Procuraba mantenerse distante y estaba dolida consigo misma. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida y hacerse ilusiones? Un joven así nunca se fijaría en una chica del arroyo, una chica que iba de pueblo en pueblo como una hoja seca empujada por el viento, sin raíces en ninguna parte.

—Resulta que la joven en cuestión me detesta; uno de sus tíos fue muerto de una estocada por uno de los míos. Desde entonces nuestras familias se odian a muerte y cualquier pretexto es bueno para desenvainar las espadas —se estaba esforzando en fingir que estaba preocupado—. La consecuencia de esa rivalidad es que la joven me aborrece y eso me lleva al borde de la desesperación. Si no consigo

que se fije en mí voy a enfermar.

—Parece un caso difícil, pero permítame *vuesamerced* una pregunta —le contestó la curandera.

—Con sumo gusto se la responderé, si así lo desea.

—Debo conocer más datos para determinar qué tipo de filtro necesita *vuesamerced* —respondió una distante curandera—. ¿Tan especial es esa mujer, que le tiene hechizado? ¿No hay otras jóvenes en este pueblo, en la comarca o en todo el reino, que tiene que ser precisamente esa, la única que le ignora y detesta?

—No, por supuesto. Habrá más, pero debo casarme con una mujer de mi posición —le contestó haciendo un esfuerzo para seguir la farsa que había tramado, pero ya estaba arrepentido de haberse metido en semejante atolladero—. Es lo más razonable. Me debo a mi familia como *vuesamerced* se debe a la suya. Debemos procurar que nadie nos dé la espalda, lo que sucedería si no respetamos esas convenciones sociales que nadie parece haber escrito pero todos procuramos respetar. Y desdichado del que no lo hace.

—Entiendo por sus palabras que no se casaría *vuesamerced* con una mujer pobre, alguien que lejos de darle lustre a su apellido pudiera envilecerlo.

—Así es —respondió Diego, que ya no sabía si debía seguir alimentando aquella farsa o echar a correr. Optó por continuarla—. Debo mantener la posición que ocupo. Se lo debo a mis mayores y no puedo renegar de ellos ni permitir que mis hijos vivan peor que sus abuelos.

—Se necesita una gran hacienda para lograr iguales condiciones en todos los hijos, y que ninguno desmerezca respeto de sus abuelos. Siempre habrá alguno que saldrá perjudicado, o puede que tenga mala suerte, o que el diablo lo pierda y acabe engrosando las filas de los desheredados. Por otra parte, hay pobres que luchan sin descanso hasta ganar el reconocimiento que nunca tuvieron sus padres ni sus abuelos. —La curandera parecía fría y distante. Su malestar era evidente.

—No niego que eso puede pasar —respondió Diego—, pero es más fácil aumentar lo que se recibe que partir de la nada tratando de alcanzar aquello que no pudieron lograr padres ni abuelos. —En este punto no tenía que fingir. Su abuelo era hijo de un quincallero. Había trabajado muy duro para llegar a ser boticario y se sentía orgulloso de ese logro.

—¿Acaso está diciendo *vuesamerced* que la plata ennoblece y la pobreza envilece a las personas? —la expresión de la joven eran severa—. ¿Acaso los pobres son culpables de su miseria? Si hay pobres es porque el rico amontona lo que nunca usará; antes lo echará al

fuego para que el diablo se lo lleve que lo dará a su prójimo para que lo disfrute. Sólo con la comida que se pudre en la despensa de los ricos se podrían alimentar familias enteras.

—Y, bien alimentados, podrán procrear más y más hijos que esperarán ser alimentados sin esfuerzo. La sopa boba no mejora al que la recibe —respondió un inquieto Diego—. Para mejorar se debe recibir formación y tener ganas de prosperar por el propio esfuerzo, no a costa de la caridad ajena. —Estaba repitiendo lo mismo que solía decir su difunto abuelo; se habían elevado por su propio esfuerzo y no debían nada a nadie.

—Muy pocos están dispuestos a dar algo más que caridad. A los pobres sólo les queda coger lo que se les niega. Y si me apura *vuesamerced*, el pobre que toma de la casa del rico aquello que su dueño no necesita no es un ladrón. Aunque sea en una proporción despreciable, restablece el equilibrio entre los que tienen mucho sin provecho ni utilidad y los que carecen de todo. —La joven volvía a sentirse despreciada. Siempre había estado dolida con aquella sociedad que les cerraba las puertas, y su voz sonaba demasiado firme y clara en aquella casa tan estrecha y llena de gente.

—¡Por Dios, sosiéguese *vuesamerced* y no levante la voz, que nos pierde —Diego le puso la mano en los labios pidiéndole silencio.

—Descuide *vuesamerced*, pero lo que tiene que ser será por más que nos duela. Todos estamos en las manos de Dios; dejemos que Él decida.

—Eso, eso —añadió un preocupado Diego—. Que Dios nos guarde.

—Puede *vuesamerced* dormir tranquilo —le dijo la joven—. Tendrá su filtro de amor.

Pero las paredes tienen ojos y oídos y una conversación tan espinosa no había pasado desapercibida para nadie.

Capítulo 5

Estaba furiosa. Mis temores se habían visto confirmados. Tener un techo ajeno sobre mi cabeza y lucir un bonito vestido prestado no mejoraban mi posición. Seguía siendo una vagabunda; muy guapa, eso sí, pero pobre como las ratas. ¿Cómo había podido ser tan estúpida y hacerme ilusiones con aquel engreído? Había dejado de lado las advertencias de mis tíos y ahora pagaba las consecuencias de mi ingenuidad.

El sueño había acabado de golpe y volvía la pesadilla de siempre, la lucha de los débiles por la supervivencia. Seguiría viviendo como un gorrión, volando libre de pueblo en pueblo para tratar de recoger algunas migajas de mesas bien servidas sin recibir un escobazo; volvería a pasar hambre, a soportar el viento, la nieve y el frío que irían resecando mi juventud y mi belleza hasta que se esfumaran por falta de cuidados, y algún día acabaría en un rincón doblada por la enfermedad y el peso de los años.

Me había curtido recorriendo los caminos en compañía de mis tíos, pero no pude evitar que algunas lágrimas resbalaran por mis mejillas. No recordaba haber sido tan feliz y no podía creer que ese sentimiento hubiera acabado tan de repente, sin llegar a materializarse.

No podía conciliar el sueño. Procuraba calmarme, pero la hojarasca del jergón era más ruidosa que nunca. Al menos no tenía pulgas, pensé. ¿Qué más podía pedir? Era mucho más de lo que tenía hacía apenas unas semanas y eso era lo importante. Tal vez, el engreído Diego tenía un poco de razón; era importante conservar lo que se tenía y procurar aumentarlo. Si Joana me encontraba un buen mozo no le haría ascos.

Al final, el cansancio pudo conmigo y me dormí. Volví a soñar en aquella enorme piedra situada en un claro del bosque. Una espesa neblina emborronaba la escena, pero a medida que me aproximaba se iba disipando como aspirada por la brisa. Los viejos barbudos seguían meciendo sus cuerpos con las manos entrelazadas; parecían ignorarme porque algo atraía toda su atención. Paseé mis ojos en derredor y en una cesta de mimbre vi una ovejita que emitía un lastimoso balido. Aquel sonido, como el llanto de un bebé, me atraía; me acerqué para verla más de cerca y al enfocar al animal vi que estaba atado, pero su cara me resultó vagamente familiar. Traté de adivinar a quién me recordaba y de repente comprendí que era Diego. No sabía qué hacía allí, pero aquello no presagiaba nada bueno; era mejor irse cuanto

antes. Corrí a desatarlo, pero el barbudo que presidía la reunión me estaba observando y se acercaba. Lo miré con desafío, dispuesta a defender al animalito, y entonces vi que aquel hombre era mi tío. Al instante entendí que el indefenso animal acabaría atravesado por un palo para ser asado a fuego lento con unos toques de romero. Esta idea me sobresaltó y conseguí despertarme. Había salido de la pesadilla, pero estaba más confusa que antes. ¿Qué podía significar todo aquello? ¿Acaso me quedaría con Diego y me apartaría de mis tíos? No, no podía ser. Aquel maldito vanidoso lo había dejado bien claro; me había dicho que no pensaba arruinar su carrera y su hacienda por ninguna miserable. No le culpaba; a fin de cuentas era lo que le pasó al primo de mi tío; echó a perder su hacienda por unos amores perros.

Pertenecíamos a mundos diferentes; dos mundos enfrentados que difícilmente podían reconciliarse.

Al cabo de un mes desde mi llegada a Villalba, mis habilidades habían encandilado a todos los ingenuos y a muchos que no lo eran. Curaba, era cierto, pero el método empleado despertaba muchos recelos. Los más desconfiados seguían viendo algún tipo de brujería en aquellos rituales y no se dejaban embaucar con facilidad, pero estaba bien adiestrada y me desenvolvía bien en terreno tan resbaladizo; siempre atribuía mis curaciones a la bondad de Dios o al fervor del enfermo. Pero los que no acudían a aquellas reuniones nocturnas empezaron a murmurar. ¿Qué hacían tantos hombres en aquella casa? Estaban demasiado tiempo fuera de sus hogares y en compañía de una desconocida, joven y bella, hasta avanzada la noche. ¿Qué clase de aquelarre celebraban? Lo más preocupante era que no se trataba de gente ignorante. Labradores acomodados, alcaldes, regidores, justicias y hasta un boticario acudían a la casa de Pedro Salazar. Todos eran buenos cristianos y temerosos de Dios; los habían visto frecuentar las iglesias, haciendo todo lo que hacían los buenos cristianos y nunca se dijo ni oído por el pueblo nada en contrario; además, ni eran pendencieros ni provocativos, sino quietos y sosegados, pero allí acudían, un día tras otro. En aquella casa se estaba cociendo algo turbio.

Y Villalba, como cualquier pueblo de los reinos hispánicos, estaba bajo vigilancia. Los familiares del Santo Oficio, siempre atentos a lo que se decía o sucedía a su alrededor, escudriñaban cada rincón de la villa buscando herejes. No eran los únicos; incontables ojos y oídos siempre estaban dispuestos a colaborar con los vigilantes.

—Hemos de avisar al párroco —decía el regidor Rafael Ribes—. Había acudido algunas noches a casa de Salazar para tratar sus dolores de espalda y estaba escandalizado por lo que había escuchado la

víspera.

—De esa muchacha ya no me sorprende nada —aducía el cerrajero Josep Maymó—. Nos tiene encandilados con su hermosura y no nos deja ver más allá de su bonito rostro y sus insinuantes senos.

El cerrajero estaba ofendido. También era uno de mis pacientes, pero era uno de esos tipos que tienen un doble fondo; palabras amables delante y de condena a las espaldas.

—La última conversación con el hijo del boticario era una llamada a la rebelión —decía el regidor—; a mi entender, estaba justificando el bandolerismo.

—¡Con los quebraderos de cabeza que los bandoleros y la gente de mal vivir causan a Su Majestad! —asentía el cerrajero—; y no sólo a nuestro soberano. Las consecuencias de sus desmanes repercuten en todo el reino. Y ahora viene una harapienta y proclama a voz en grito que los ladrones no hacen sino cumplir una especie de justicia divina que nadie ha escrito en ninguna parte. Robar y huir, esa es su receta mágica. Eso contradice todos los precepto de la Santa Madre Iglesia.

Tan pronto como acabó de pronunciar la frase, el cerrajero se santiguó, siendo imitado por su interlocutor.

—Así es —añadió el regidor—. No somos unos soplones, pero alguien tendría que decírselo al párroco. Además, el oscurantismo y la adivinación están penados con muerte. Y a estas horas todo el pueblo sabe que es una adivina. Si fuera para sanar a los enfermos podría disculparse, pero por pura diversión...

—Cierto; entre nosotros hay muchos que no dudarían en decírselo, pero estas cosas terminan sabiéndose y el delator, aunque sea por una causa justa como ésta, termina pagando un precio.

—¿A qué te refieres? —quiso saber el regidor—; ¿qué precio es ése?

—El precio que paga es el de la amistad de una parte del pueblo. Muchos no van a aprobar un hecho así y le van a retirar el saludo; se va a ganar enemigos para varias generaciones. El motivo es que se sienten amenazados. Si uno es un soplón, nadie puede asegurar que tarde o temprano cualquiera puede convertirse en víctima por cualquier motivo, real o falso. Hay demasiada gente dispuesta a disfrutar con la desgracia ajena.

—Pero todo depende del valor que se le dé a esas supuestas amistades —añadió el regidor—. ¿Qué vale más, ser buenos vasallos, leales a nuestro soberano y a la Iglesia, o leales a un vecino del que muchas veces no se sabe qué lleva entre manos? Sin duda hay que ser leales a Dios y a Su Majestad frente a todos. La única garantía del orden es el rey. Cuando hemos sufrido las guerras hemos padecido un

verdadero infierno. Todos han querido imponer su ley, la ley del más fuerte, que casi siempre ha sido el más canalla. Todos alardeaban de luchar por los desfavorecidos mientras llenaban las alforjas a costa del oro y de la sangre de las personas honradas; sólo se aseguraban la subsistencia para varias generaciones. Sin orden nunca habrá paz ni prosperidad, y todos quedarán sometidos al abuso de los poderosos que harán de su capricho la ley. El rey debe ser la única ley.

—Estoy de acuerdo —afirmó el cerrajero Maymó—. No es de buenos vasallos tolerar esos comportamientos subversivos, pero mosén Senén no tomará ninguna medida. Se limitará a llamar a esa mendiga a confesión y le dará la absolución; la muy ladina se irá con la música a otra parte a cambio de una suave penitencia.

—También lo entiendo así —dijo el regidor—. Debería ser el Santo Oficio. El único que vigila de veras que nadie se salga del papel que Dios ha asignado a cada cristiano desde el principio de los tiempos.

—Vivo en la misma calle que Agustín Montoya; es familiar del Santo Oficio y estará encantado de darnos su opinión —propuso el cerrajero.

—Vayamos ahora mismo. Hay cuestiones que son como los higos de mi huerto, deben consumirse cuanto antes porque con el paso del tiempo pierden lozanía.

Agustín Montoya era la persona indicada para recibir el chivatazo. Su tío Trinitario Montoya había sido doctor en Sagrada Teología y en Filosofía, además de catedrático de la Universidad de Valencia. Algo tendría que saber el sobrino sobre tanta palabrería, superchería y adivinación. Era un hombre rudo; no tenía las cualidades de su difunto tío, pero Villalba andaba escasa de hombres instruidos.

—Nadie la conoce ni sabe de dónde viene —le dijo el regidor Rafael Ribes—. He oído que estaba curando a Antonio Martínez de una nube que tiene en el ojo y que para ello cogía una lima, la partía y la ponía al fuego. Luego escupía tres veces en ella y aparecía en la lima la imagen de un crucifijo que aplicaba al ojo enfermo.

Todo parecía indicar que se trataba de una vulgar superchería, pero las palabras del regidor le hicieron pensar que detrás de todo aquello podía haber algún comportamiento blasfemo o herético y quiso saber más sobre las supuestas curaciones milagrosas.

—¿Sabe *vuesamerced* dónde puedo encontrar a Martínez? —preguntó Montoya.

—A estas horas lo hallará *vuesamerced* en casa —le respondió.

La entrevista con Martínez vino a confirmar las sospechas del familiar. Consideró que lo de la curación era una mezcla de

superstición e hipocresía, porque en realidad sólo curaba enfermedades livianas con los remedios tradicionales, los mismos que venían usándose desde la época de sus abuelos. Lo de decir que Dios, la Virgen y ella sabían todas las cosas era blasfemia herética, pero tal vez lo más grave era que esa afirmación convertía a la adivina en sospechosa de pacto con el demonio. ¿Cómo, si no, una persona podía afirmar saber todas las cosas?

El demonio... Sólo de pensarlo me dan escalofríos —pensó, mientras se santiguaba como un autómata tres veces seguidas y musitaba una breve oración. *Cor Iesu sacratíssimum et miséricors, dona nobis pacem!*

Unos días después, Montoya informó al tribunal.

* * *

La noticia de que la Inquisición había llegado a Castejón de los Condes, a pocas leguas de Villalba, nos llenó de pavor. Algunos dejaron de asistir a las sesiones curativas, pero Pedro Salazar y muchos más continuaron sus vidas con toda normalidad.

—Quiero hablar con Francisca Deza —dijo Juan Jose Ocaña—; es importante.

El estudiante de leyes se había presentado en casa de Pedro Salazar a ruegos de Diego. Todos sabíamos la amistad que les unía y seguramente trataba de poner a disposición de su amigo los escasos conocimientos adquiridos en la universidad.

—Tendrá que aguardar —le contestó Joana—; otros esperan su turno.

—Tal vez si debo esperar mucho, lo que estoy tratando de evitar ya no tenga remedio —dijo Ocaña, enfatizando sus palabras.

En el pueblo todos eran sabedores de las andanzas de Ocaña; al parecer las conocían todos menos su padre, y Joana no me quería dejar en semejante compañía. Me había cogido afecto, como toda su familia.

—¿Y que es eso tan grave que *vuesamerced* quiere impedir, si se me permite?

—¿Sabe *vuesamerced* que el tribunal de la Inquisición está en Castejón de los Condes? —le preguntó un inquieto Ocaña.

—Nadie ignora tal cosa en Villalba —le respondió Joana con poco entusiasmo.

—Me alegra oír eso —repuso el estudiante—, pero lo que no sabe es que ayer se celebró la misa solemne en honor al tribunal, a la que asistió el obispo y todas las autoridades, y que después de la homilía y del Evangelio se leyó el Sermón General...

—No siga *vuesamerced* —le interrumpió Joana—, sígame que

enseguida estará con Francisca.

Le condujo a una habitación algo retirada de la entrada, donde esperaban un grupo de vecinos que no dejaban de observarle y de cuchichear entre sí.

Ocaña prefirió esperar de pie, sin sentarse en una de las sillas colocadas alrededor de la mesa que ocupaba el centro de la habitación. Cuando entré en aquella habitación lo encontré dando cortos paseos de una pared a otra. Parecía nervioso.

—¿Qué se le ofrece a *vuesamerced*? —le pregunté procurando ser cortés.

—Me llamo Ocaña, Juan José Ocaña, y soy estudiante en leyes —me respondió.

Aquel joven procuraba que su tono de voz sonara con firmeza, pero se notaba que algo le inquietaba.

—Pues dígame qué puedo hacer por *vuesamerced*? —yo también procuraba mantener un trato correcto, aunque distante.

—Vengo para cumplir el encargo de una persona muy querida por mí y cuya identidad no te puedo revelar —el estudiante estaba esforzándose en mostrarse digno y aplicar las cuatro nociones que había tenido ocasión de aprender en la universidad; carraspeó, y tras una ligera pausa continuó exponiendo el motivo de su visita—. La Inquisición, que está en Castejón de los Condes, ha pedido que todos colaboren en la lucha contra la herejía y que delaten cualquier conducta herética o sospechosas de serlo.

—¿Y qué tengo que ver en todo ese asunto? —quise saber—. La delación no forma parte de mis planes. Allá cada cual con su conciencia.

—Pero, ¿no te das cuenta? —preguntó un sorprendido Ocaña—. Es a ti a quien buscan. Un hombre de mi posición tiene muchos contactos y no he tardado en enterarme de todo lo que se cuece por aquí —aludía a sus “contactos” con cierto toque misterioso, pero ya se sabía que en realidad se trataba de los cuatro borrachines del pueblo, aunque no era una dato que el joven estuviera dispuesto a revelar.

—¿A mí? —exclamé.

No pude evitar alzar la voz más de lo conveniente, pero notaba como mi respiración empezaba a agitarse.

—Cálmate y no te alarmes —me dijo—. Sé de buena fuente que uno o dos de tus pacientes, a los que atiendes con tanto celo, dieron aviso a uno de los familiares del Santo Oficio de Villalba para que investigara tus métodos curativos y alguna cosa más que no he podido averiguar.

—No hay nada perverso en mis curaciones —respondí—. Me valgo

de hierbas, como cualquier boticario, aunque procuro sugestionar al enfermo con un toque ceremonial piadoso para que su estado de ánimo lo predisponga hacia la curación, como *vuesamerced* seguramente ya sabrá.

—Pues precisamente ese ceremonial ha despertado la curiosidad del tribunal —le respondió con mucha seriedad—, y así se hace constar en el Edicto General de Fe. Lo sé porque lo he leído.

Aquel joven estudiante había conseguido preocuparme. Sólo conocía los rumores sobre su disparatada vida, pero parecía sincero.

—¿Pues dígame *vuesamerced* qué debo hacer? —le rogué—. Alguna solución tendrá, que para eso estudia leyes.

—Para eso he venido —respondió—. A estas alturas ya no puedes huir. El alguacil y los familiares te apresarían antes de que llegaras al pueblo más próximo. Lo más prudente es esperarles aquí. Te llevarán presa, pero si confías en la indulgencia del tribunal, te muestras obediente y te arrepientes de tus errores, te facilitarán el perdón. Por el contrario, si aprecian indicios de herejía o te muestras obstinada, puede suceder que te trasladen a las cárceles secretas y que incluso te apliquen tormento en el interrogatorio.

—¡Jesús, María y José! —exclamé—, ¿qué he hecho yo?

—No se trata tanto de lo que has hecho como de lo que el tribunal crea que has hecho —respondió el estudiante Ocaña, que le estaba tomando gusto a la profesión—. No basta con ser un buen cristiano; hay que parecerlo. En este mundo perverso, uno no rinde cuentas a Dios, eso ya llegará en su momento. Y no digo más, que eso es como meterse en un peligroso barrizal: puede engullirnos. Sé que entenderás mis palabras porque he oído que eres una joven de genio despierto.

—Creo comprender lo que insinúa *vuesamerced* —le dije.

—Pues si es así, no necesitas más —me respondió—. Recuerda que en tierra de contribución, los mudos son tenidos por sabios.

El estudiante Ocaña se despidió de la manera más cortes que supo, dejándome muy preocupada por las noticias que acababa de darme.

Anochecía, y las calles estaban desiertas. Ocaña procuró acelerar el paso para llegar cuanto antes a su casa; su amigo Diego le esperaba.

—¿Como ha ido? —le pregunto con impaciencia.

—Como habíamos previsto —le respondió Ocaña.

—¿Te ha preguntado por mí? —quiso saber Diego.

—Por supuesto que no. Ni siquiera ha sospechado que me enviabas tú. Por cierto; es una jovencita muy atractiva. No me extraña que estés colado por ella, pero si cambias de idea y pierdes interés, avísame; no dudaría en tomar el relevo.

Diego quería rebajar la tensión y le respondió con un ligero toque de humor.

—No comience con sus pullas, abogado, que estamos con el agua al cuello.

—Descuida; saldremos de ésta —dijo Ocaña—. La próxima semana vuelvo a la universidad. Te prometo no faltar ni un solo día a clase y procuraré averiguar cuanto pueda del proceso para tenerte informado.

—Eres un buen amigo —añadió Diego a modo de despedida.

Capítulo 6

Aquella noche nos acostamos muy pronto. Los dos hombres que habían venido a recibir sus vapores de hierbas se habían marchado a sus casas hacía un buen rato. Joana había acostado a su hijo mayor y atendía al pequeño, que era como un gatito desdentado y hambriento; y su marido estaba en la cocina repasando a la luz de una vela las cuentas de dos cuartones de huerta que había comprado unas semanas atrás.

Podría haber sido una noche cualquiera, tan calurosa como las anteriores, pero hacia la medianoche llamaron a la puerta; unos golpes secos y recios que nos sobresaltaron a todos. Desde mi camastro pude oír las voces; eran varios hombres que hablaban en voz alta. Al principio pensé que sería la ronda, pues a menudo acostumbra a dar órdenes gritando a los viandantes nocturnos para que se identifiquen, sobre todo cuando no respetan el toque de queda. Pero de repente me acordé de la conversación que había tenido con el misterioso estudiante de leyes que había venido a prevenirme y se me ocurrió otra explicación: tal vez aquellos hombres venían a por mí.

—¿Quién va? —requirió mi anfitrión.

Alzó tanto la voz que su eco rebotó por las cuatro paredes de la habitación que se había convertido en mi dormitorio. De un salto me incorporé, me quité la camisa de dormir, y empecé a vestirme apresuradamente. Tenía la conciencia tranquila, pero estaba asustada. El pulso se me aceleraba y notaba como mi respiración se iba agitando más y más; las palabras del estudiante me acudían a la mente: No se trata de lo que has hecho —había dicho—, sino de lo que ellos digan que has hecho, dicho u oído. Pensé que la única forma de defenderme de semejante acusación sería negándolo; no se me ocurría nada más. En toda la tarde no había podido pensar en otra cosa, cavilando la manera de escapar de aquel cepo en que me veía atrapada, y ahora esos temores volvían a asaltarme hasta que otra voz los interrumpió.

—¡La Justicia!

Los que estaban llamando a la puerta parecían impacientes; exigían atención inmediata.

—¡Abrid a la Justicia!

—¡Voy! —gritó Salazar, mientras retiraba el travesaño que aseguraba la puerta desde el interior.

Al instante, tres hombres penetraron en la casa apartando con brusquedad a mi anfitrión, que casi pierde la lamparilla que sujetaba con una mano a la altura de los ojos. Uno de ellos, el que mandaba,

era el alguacil mayor enviado por la Inquisición de Castejón de los Condes, y los otros dos eran familiares del Santo Oficio de Villalba. Ya me había vestido y les observaba a una distancia prudente. A la luz del candil que sujetaba mi anfitrión, aquellos tipos tenían un aspecto siniestro, con sus sombreros de ala ancha y sus vestimentas de color pardo oscuro que al moverse emitían un sonido apagado, como un gruñido sordo. Todos llevaban espadas, y dos de ellos, los que guardaban silencio, descansaban la mano en su empuñadura, como avisando de que no dudarían en usarlas si fuera menester. Sus sombras, distorsionadas por la luz del candil, se estiraban y se movían por las paredes y por el techo, como espectros danzantes.

—¿Francisca Deza? —preguntó el alguacil.

Ya no había duda; sólo me buscaban a mí. No quería que causaran ningún daño a Joana ni a su familia y caminé con paso decidido hacia ellos para acabar cuanto antes.

—Yo soy Francisca Deza —dije, procurando que mi voz sonara sin temor y no se quebrara a mitad, aunque por dentro estuviera temblando.

—¡Date presa en nombre del rey! —gritó el alguacil.

Era evidente que aquel hombre de barbas revueltas con las puntas salpicadas de canas disfrutaba de su papel. Parecía un actor de esos teatrillos callejeros que van de pueblo en pueblo procurando sacar unas monedas a los aldeanos para poder malvivir. En sus actuaciones deben alzar la voz para que les oigan todos los que acuden a sus comedias, pero aquella casa era estrecha y el alguacil se complacía en elevar la voz sin ninguna necesidad. Todos podíamos oírle perfectamente, incluso desde las casas situadas al otro extremo de la calle. Pero el hombre sabía por propia experiencia que muchos de nuestros vecinos espiaban desde sus ventanas, amparados por la oscuridad, y como no quería defraudarles con una mediocre interpretación no tenía ningún escrúpulo en sobreactuar, convencido de que así protagonizaría todos los comentarios del día siguiente. Yo había curado a muchos de aquellos espectadores clandestinos, pero ahora estaban aterrorizados, igual que todos nosotros.

La gritería había despertado a los hijos de Joana y lloraban. Su marido quería decir algo oportuno para sosegar los ánimos de aquellos intrusos armados, pero era un hombre prudente y optó por mantenerse en silencio. Cualquier cosa que dijera podría interpretarse como obstrucción a la justicia y nos hubiera perjudicado a todos, sobre todo a mí. Sin embargo, cuando uno de los familiares sacó las cadenas y se acercó para ponérmelas, no pude evitar que algún sollozo y unas inoportunas lágrimas resbalaran por mis mejillas. Quería mantenerme firme y no regalarles ninguna muestra de flaqueza, pero

no pude evitarlo, y mi anfitrión salió en mi defensa.

—¿Es necesario que *vuesasmercedes* la lleven encadenada como a una peligrosa alimaña?

Estaba indignado. Le hice un gesto con la cabeza para indicarle que permaneciera callado, pero ya era tarde. El alguacil se abrió paso entre los dos familiares y señaló a Salazar con su mano enguantada.

—¡*Vuesamerced* hará bien en mantener la boca cerrada! —le dijo.

Los otros dos se miraron. Eran de Villalba, y allí se conocían todos. Sabían que Salazar era un labrador acomodado y un buen cristiano, y por primera vez parecían dudar del método empleado por el alguacil, que era forastero y venía dispuesto a cumplir el encargo de la manera más eficaz posible. Era como un perro de presa azuzado por sus amos; no dudaría en morder a quien se pusiera por delante.

Los hierros me quemaban la piel. Pensé en las docenas de desdichados que los habrían llevado, tal vez cientos, y no pude evitar pensar que muchos de ellos estarían muertos. Un escalofrío me recorrió la espalda y me arrancó más lágrimas, aunque silenciosas. Joana había bajado con su hijo pequeño en brazos. Lloraba sin ningún disimulo y nadie le impidió que se acercara hasta ponerse a mi lado, pasándome la mano por la mejilla, con afecto.

—Quica, sé fuerte y confía en Dios; no te dejaremos sola —dijo.

Me había llamado Quica y eso me sorprendió. Hacía mucho tiempo que nadie me llamaba así. De hecho, no recordaba cuándo ni quienes lo hacían. Mis tíos solían llamarme simplemente “sobrina” y no guardaba imágenes de mi primera infancia; todo lo que podía recordar me había sucedido a partir de los cinco o seis años. No era el mejor momento para dejarme llevar por nostalgias de una época que ni siquiera retenía en la memoria, pero supongo que las circunstancias de mi detención me habían vuelto más vulnerable.

—¡Apartaos! ¡Abrid paso a la Justicia!

El vozarrón del alguacil volvió a atronar en la casa. Y también en media calle. Probablemente, pensaba que su interpretación había sido demasiado breve y procuraba enriquecerla con unas aportaciones de última hora.

—¿Adónde la llevan *vuesasmercedes*? —quiso saber una llorosa Joana.

—A las cárceles comunes de esta villa —respondió uno de los familiares.

Como hijo natural de Villalba no quería parecer un malvado a los ojos de sus vecinos y se anticipó a la contestación del alguacil, que se quedó mirándolo con cara de perro. No abrió la boca, pero se podían leer sus pensamientos. Su rostro hablaba por él.

Salimos a la calle. Yo iba cabizbaja, con la mirada puesta en el suelo, y procuraba sostener las cadenas con las manos para que no me dañaran. Entonces vi que mi detención había levantado mucha expectación; los vecinos habían salido a la calle y a los balcones, y nos miraban con gesto sombrío. Todo era silencio. Solo se oía el aleteo de los mosquitos que en esa época del año empiezan a acosar a los viandantes.

Caminábamos por medio de la calle. El alguacil abría la marcha, tres o cuatro pasos por delante; detrás iba yo, con un familiar a cada lado. Los hombres llevaban buen paso y casi tenía que trotar para no quedarme rezagada y evitar probables empujones. Procuraba que los hierros no sonaran, pero su tintineo y el sonido de las botas y del cuero de la vestimenta de mis guardianes llenaban la calle rompiendo aquel silencio sepulcral.

A medida que nos alejábamos disminuía el número de curiosos, y tres o cuatro calles después llegamos a las cárceles. Allí nos aguardaba el carcelero, sentado en un banco de piedra que había junto a la puerta. Era cojo; por donde algún día asomó su pierna derecha asomaba ahora una pata de palo. A pesar del remedo de pierna, su cuerpo estaba desequilibrado y tenía que apoyarse en una muleta mugrienta. Me quitó las cadenas y me dejó en aquella celda sucia y maloliente. Una ventana enrejada me comunicaba con la calle, y por ella penetraba la luz de la luna marcando un ligero resplandor en el suelo. Cuando me acostumbré a la oscuridad divisé un banco en una de las paredes y pensé que sería la cama. Estaba cubierto de paja, pero estaba húmeda y tal vez mohosa; la aparté a un lado para sentarme.

Estaba sola y me sentía desgraciada, por lo que la emoción volvió a traicionarme y empecé a llorar con un pesar que no recordaba haber sentido nunca. Procuraba no levantar demasiado alboroto; no quería que me oyeran desde la calle, pues la ventana quedaba a la altura de los viandantes. Había oído que estaba hecho adrede. Hubo un tiempo en que la manutención y el jornal del carcelero corrían de cuenta del preso, que era alimentado por sus familiares o por la caridad de cofradías y gente piadosa, e incluso se le permitía pedir limosna sacando la mano entre los barrotes. Sin embargo, en aquellos momentos era el tribunal el que resolvía la cuestión de la manutención del preso que carecía de bienes, como era mi caso.

Al cabo de un rato escuché unos pasos y el golpeteo de un palo sobre el suelo; se acercaban hacia la puerta hasta que se pararon junto a ella. Pensé que sería el carcelero, pero tenía los nervios a flor de piel y el ruido del cerrojo me hizo dar un salto. La puerta se abrió; chirriaba como si quisiera unir su queja a mi desgracia.

—Aquí tienes esto, muchacha, lo vas a necesitar —dijo.

Sin entrar en la celda, depositó un cubo de madera junto a la puerta. Dio media vuelta y volvió a cerrar la puerta. Estaba confundida; me había hablado en mi lengua. Pensé que habría corrido la voz de que yo venía de Castilla, o puede que tuviera hijos de mi edad y sólo quería ser cortés. ¿Qué importancia podía tener todo eso, dada mi situación?

La noche transcurrió tal como me temía. Las chinches, los piojos y las pulgas se dieron un festín. Infestaron mi ropa, se instalaron en mi pelo y estuvieron torturándome sin parar. Apenas pude dormir. Me rascaba, daba manotazos y me frotaba procurando aplastarlos, pero en aquella oscuridad era imposible dar con ellos. Al final, medio mareada debido al hedor de excrementos, de orines y de humedad, y a la pura fatiga, me dormí.

Las primeras luces de la mañana trajeron un poco de claridad y me desperté. Echaba de menos el retrete de casa Joana, siempre tan limpio, pero allí sólo había un cubo. ¡Dios, cómo estaba aquel cubo! Había rebosado de inmundicias muchas veces, durante meses o tal vez años, y estaba recubierto por una costra de un dudoso color negruzco. Era más sano aliviarse en el monte, como en los buenos tiempos, pensé con una mueca de resignación. Pero no había otra cosa.

A medida que avanzaba el día y la luz ganaba terreno pude comprobar los estropicios que los malditos insectos me habían provocado en la piel. Mi cabeza y mi cara me picaban en varios puntos, pero por suerte no tenía un espejo para verme; desde que vivía en casa de Joana me había vuelto un poco vanidosa y temía que aquellos bichos me robaran lo único que tenía, mi juventud y mi belleza. ¿Hay algún crimen en ser hermosa? No, por supuesto, pero mis brazos y mis piernas también estaban cubiertos de picaduras, repartidas en grupitos de cinco, de diez y hasta más. En los repliegues de mi vestido debía tener cientos de parásitos; algunos incluso se habían instalado entre mis nalgas. Como aquello se alargara mucho, las “atenciones” del inquisidor serían cosa de niños frente al tormento que estaba padeciendo.

No tenía nada que hacer, ni podía ir a ninguna parte, así que estaba dormitando sobre el banco hasta que oí que alguien golpeaba las rejas de la ventana con un tiesto o una piedra. Ese sonido atrajo mi atención y entonces escuché que alguien me llamaba desde la calle.

—Quica, soy yo, Joana.

Venía a verme. Traía la comida y un botijo lleno de agua fresca con uno de sus vasos para que me sirviera.

—¡Joana! —grité, corriendo hacia la reja.

Las lágrimas me volvieron a traicionar. No quería que me viera sufrir para que no se preocupara, pero no pude evitarlo. Me sentía

abandonada y traicionada por algunas personas mezquinas, de esas que saben poner buena cara cuando te necesitan. Y lo más triste para mí era pensar que las había estado curando hasta que salió a relucir su verdadera esencia: la maldad. Así me lo agradecían.

El pichón en escabeche estaba exquisito. Lo acompañé con un puñado de higos secos, higos que su marido cultivaba en uno de sus campos. Hay que ver como mejora un ánimo decaído con una buena comida. Una oleada de optimismo recorrió todo mi cuerpo; ya no notaba ni los picores que me estaban matando.

Algunos curiosos se paraban en la ventana y trataban de mirar en el interior de la celda, pero dudo mucho que vieran algo, había demasiada penumbra incluso de día. Me esforzaba en ignorarlos teniendo la cabeza ocupada en lo único que podía hacer: repasar conversaciones habidas con Diego, con el estudiante, con mis tíos y con muchas de las personas que había conocido en Villalba.

El ruido del cerrojo volvió a sobresaltarme. Era el carcelero.

—Muchacha, ¿quieres comer? —me preguntó con frialdad.

—Se lo agradezco a *vuesamerced*, pero ya he comido —le dije.

—No dudes en pedirme cuanto necesites —contestó con la misma sequedad—. En este pueblo hay buenos cristianos que se preocupan por ti y correrán con los gastos.

Pensé que se refería a Joana y a su marido, y no quise saber más, pero había algo en el acento de aquel hombre que me resultaba familiar y no pude resistir la curiosidad.

—Habla *vuesamerced* un buen castellano —le dije—, ¿dónde lo aprendió?

Se disponía a salir, pero se detuvo; me miró como tratando de adivinar las razones de mi curiosidad y al cabo de unos instantes decidió hablar.

—Nací en la villa de Zarzalejos, diócesis del obispado de Palencia, que está a pocas leguas de Valladolid, en el reino de Castilla —respondió.

—Entonces somos paisanos —le dije.

—Lo sé —añadió.

No pude evitar la alegría que da encontrarse con alguien al que nos une algún tipo de vínculo, aunque se trate de un perfecto desconocido, pero no pude decir nada más. Cerró la puerta y se alejó, dejándome de nuevo con la sola compañía de mis pensamientos y de mis picores.

Los días eran largos y tediosos. Parásitos y curiosos; curiosos y parásitos se turnaban; unos me chupaban la sangre y otros el alma. Tenía la impresión de que llevaba en los calabozos toda una eternidad.

Por fortuna, Joana no fallaba a la cita; acudía a diario, incluso más de una vez al día. Me trajo una manta y sábanas. En una de aquellas ocasiones trajo a su hijito para que lo viera; acariciaba la idea de que la vista de aquella criaturita me animaría un poco más. Creo que lo logró, al menos durante un tiempo.

Pronto las dudas volvieron a apoderarse de mí. ¿Hasta cuándo me tendrían aislada? ¿Cuándo vendría el inquisidor? ¿Por qué tardaban tanto en resolver mi caso? ¿Qué sentido tenía todo aquello y qué pretendían? Me agitaba en un mar de dudas hasta que los sarpullidos que salpicaban mi cuerpo reclamaron mi atención, me sacaron de mis pensamientos y procuré calmarlos frotándolos con las manos.

No podía seguir así; si no ponía remedio, aquellos malditos bichos me iban a devorar. Conocía algunos cocimientos para tratar las picaduras de insectos, pero no tenía las hierbas ni los polvos adecuados. En aquel calabozo no tenía nada. Por suerte contaba con el apoyo de Joana y su familia, así que le di instrucciones para que me hiciera uno de aquellos preparados y le rogué que me lo trajera. Así lo hizo, y con su ayuda pude recuperarme en pocos días.

Librarme de todos los bichejos iba a resultar más difícil. Procuré asear y poner orden en la celda, pero llevaba sucia demasiado tiempo. Cavilaba qué podía hacer para rebajar la mugre, cuando oí que me llamaban desde la calle.

—¡Francisca!

Me incorporé de la cama; era el único sitio algo limpio en que podía sentarme para pasar las horas del día. Miré hacia la ventana, pero la luz del exterior era muy intensa y a contraluz sólo podía distinguir una silueta de hombre, bastante desdibujada.

—¿Quién me llama? —pregunté sin moverme del sitio.

—Soy Juan José Ocaña, estudiante de leyes y futuro abogado, si así lo quiere Dios —respondió—. ¿Te acuerdas de mí?

—Por supuesto que sí —contesté—. ¿Cómo iba a olvidarme de alguien que fue tan cortés conmigo y que tan buenos consejos me dio?

Diciendo esto me había levantado para acercarme a la ventana. Pensé que era lo correcto.

—¿Puedes acercarte a la reja?, tengo que decirte algo.

Desde la calle tampoco se podía ver con claridad. Me situé junto a la reja y no podía dar crédito a lo que estaba viendo. El que estaba allí delante era el estudiante, pero hubiera jurado que no era el mismo. Cuando lo conocí parecía un pellejo fofo, y el joven de la ventana era más apuesto y más alto que Diego. ¿Qué magia era aquella? ¿Por qué el destino juega con nosotros con tanta ligereza?

—¿Ocaña? —le pregunté.

—¡Ah!, estás ahí —dijo—. Tengo buenas noticias —añadió sin esperar mi respuesta—. Los calificadores no han detectado indicios de herejía y por eso han decidido encerrarte en las cárceles comunes y no en las secretas. Eso es bueno.

—Yo no estaría tan segura —le respondí—. Los únicos que se alegran de tenerme en esta celda inmunda son los piojos, las pulgas y las chinches; se alegran porque mientras yo esté aquí, ellos van a estar bien alimentados a costa de mi sangre.

No quería herir los sentimientos del estudiante, pero era escéptica y tenía motivos para serlo. Los días pasaban y no sabía nada de lo que planeaban hacer conmigo.

—Eso es cierto, y no sabes cuánto lo lamento —dijo—. Pero también significa que entre los numerosos testimonios del sumario no han encontrado nada que te inculpe. La mayoría de nuestros vecinos se ha limitado a declarar lo que ha visto, sin tergiversarlo. Por desgracia todos saben lo que el tribunal espera oír, y alguno, más mezquino o influenciable de la cuenta, ha querido complacerle.

—Es un consuelo, saber que aún queda gente agradecida —dije.

—Debes ser fuerte —añadió—. Te tendrán aislada unos días más. Esperan a que te ablandes y termines confesando lo que más les convenga, pero no les daremos ese gusto.

—Aguantaré lo que haga falta —dije—; jamás confesaré delitos que no he cometido.

—¡Cómo me gusta oír eso! —dijo—. Por cierto, estás tan hermosa como siempre. Si necesitas algo de la botica, me lo dices.

No entendí a qué se refería y no dije nada; puede que a las medicinas o puede que a Diego. Desde mi última conversación con aquel engreído todas mis ilusiones se habían ido por el sumidero, igual que el caldo sobrante de los perfumes. Pero me estaba engañando a mí misma. A decir verdad, hubiera dado cualquier cosa por volverlo a ver para saber si seguía pensando igual o había decidido cambiar de amores.

—Tú, por el contrario, has cambiado. Estás... estás... —no quería enredarme con las palabras ni causar mala impresión, pero me estaba metiendo en un berenjenal—. Serás el abogado que todas quieren tener a su lado —acerté a decir.

—¿Todas? —me preguntó, remarcando la palabra con una amplia sonrisa.

—Qué tonta, ¿he dicho todas? —pregunté—; quise decir todos.

—Por supuesto —añadió sin dejar de sonreír.

Me ruboricé. Había dicho lo que no quería y todavía no sé porqué. ¿Que estaba pasando por mi cabeza? ¿Acaso mi corazón cambiaba de

dueño, o todo se debía a tantos días de aislamiento?

No quería pensar en ello, y poco después de que se fuera, me dormí.

Capítulo 7

Al principio anotaba en mi memoria el paso de los días, pero luego perdí la cuenta; me resultaba más fácil preguntárselo a Joana. Seguía sintiendo una irresistible necesidad de hablar con alguien, pero el único que podía entrar en el calabozo era el carcelero y era un hombre poco hablador. Abría la puerta, se llevaba el cubo, y poco después lo devolvía vacío sin abrir la boca. Procuraba arrancarle dos frases seguidas, pero casi nunca lo lograba. Aquel hombre parecía atormentado por sus vivencias, por sus recuerdos, y como yo tenía todo el tiempo del mundo decidí averiguar qué era lo que le aprisionaba. Sospechaba que guardaba relación con su pierna de madera, pero no podía asegurarlo. Tampoco estaba en condiciones de compadecer a nadie, pero no podía evitar sentir cierta pena por él y también por mí; por los dos. A fin de cuentas era castellano como yo, y toda su vida parecía reducirse a una cruel ironía: el carcelero también estaba preso, preso de sus recuerdos.

Un día me armé de valor y se lo pregunté.

—¿Que le pasó a *vuesamerced* en la pierna?

La pregunta le sorprendió tanto como mi audacia. Sabía que era un hombre parco en palabras; se quedó callado un instante y me dio la respuesta que ya me esperaba.

—Eso no son preguntas que una muchacha puede hacer a un hombre —respondió.

Cogió el cubo y se fue dejándome pensativa, pero empezaba a creer que mis suposiciones eran acertadas; la raíz de sus males estaba en la pierna. Al cabo de un rato volvió con el cubo vacío.

—¿La pierna, decías? —dijo—; en mis años mozos fui soldado en el tercio de Nápoles...

Hizo una pausa, como si dudara entre continuar su historia o interrumpirla en ese punto, pero decidió seguir.

—Sería demasiado largo contártelo todo, de manera que traeré sólo lo más cierto —añadió.

—Por supuesto —le dije—; no quiero causarle a *vuesamerced* ninguna molestia.

—Tuve varios hermanos, pero todos murieron pequeños excepto el mayor, que recibió toda la hacienda de mi señor padre valiéndose de no sé qué malas artes —hizo una pausa, tomó una bocanada de aire y continuó—. Viéndose dueño de todo temió que le disputara alguna parte, y era tanta la malicia y mala voluntad que me tenía que no me

quería en Zarzalejos ni a quinientas leguas a la redonda.

Diría que revivir aquellos recuerdos le agotaba; apoyó el peso de su cuerpo sobre la muleta, y después de una breve pausa respiró hondo.

—Mi padre siempre quiso que estudiara y fuera de la Iglesia, pero ¿cómo iba a estudiar si no tenía rentas? No veía otra salida que embarcarme para las Indias, pero mi hermano predispuso al corregidor en mi contra y, sin saber cómo, acabé embarcado como chusma en las galeras de la armada.

Hizo otra pausa. Se cambió la muleta de lado para descansar la mitad que había mantenido en tensión. Hablaba de forma pausada, con la mirada perdida, y empecé a dudar de que le quedaran fuerzas para acabar el relato. Ya respiraba con dificultad, como si le costara coger aire, y no quería interrumpirle exigiéndole más detalles de su vida.

—Pasé a Nápoles en la compañía de don García de Mendoza. Las cosas que los españoles hicimos en aquella tierra parecerían de fábula si no fuera porque yo estuve allí y tomé parte en muchas de ellas, pero no voy a perderme en menudencias para no cansarte —calló por un instante—. En una de tantas expediciones nos embistió la armada del turco, y durante la lucha recibí tal arcabuzazo en la pierna que me di por muerto.

Lo vi tan agotado que estuve tentada de pedirle que continuara otro día, pero era un soldado que había perdido una pierna, no su orgullo, y callé para no ofenderle, aunque era evidente que estaba recortando su narración para evitarse sufrimientos.

—Aún no había llegado mi hora y me recuperé —siguió diciendo —, pero no servía para soldado, ni podía cargar un barril, ni siquiera un haz de leña... No quería mendigar por Italia, así que me volví y encontré este oficio. Poco más puedo hacer.

Era un hombre duro, pero los ojos se le habían humedecido. Parecía molesto consigo mismo, tal vez porque yo podía interpretarlo como debilidad; dio media vuelta, y cuando se disponía a salir del calabozo giró la cabeza hacia mí.

—¡Ah!, se me olvidaba. Mañana vendrá el inquisidor —dijo con brusquedad.

—¿Cómo lo sabe *vuesamerced*? —le pregunté.

—Los hombres insignificantes sabemos muchas cosas —dijo—; nadie nos tiene en cuenta y los poderosos no se privan de hablar de cualquier cosa en nuestra presencia, como si fuéramos sordos y ciegos. Yo sólo soy cojo; oigo y veo perfectamente.

—Pero... —quise saber más, pero me interrumpió.

—¡Descansa, muchacha! —dijo con su habitual frialdad.

Me quedé otra vez a solas con mis pensamientos. Trataba de adivinar qué podría suceder, pero no se me ocurría nada. Circulaban demasiados rumores sobre los interrogatorios del Santo Oficio, algunos daban escalofríos, pero el estudiante Ocaña me había dicho que no habían apreciado indicios de herejía y que podía estar tranquila. Esa idea me calmó.

Entonces me acordé de los extraños sueños que había tenido desde que llegué a Villalba y traté de encontrar alguna relación con lo que me estaba pasando. Tal vez los ancianos de barbas blancas eran los inquisidores, los confesores o acaso empleados del tribunal, pero había una gran diferencia: en el sueño sólo querían atraparme y en la realidad me habían atrapado. Aquello sólo fue un mal sueño; esto era una auténtica pesadilla. Más curioso me pareció que hablaran en un idioma extraño, pero ¿no hablaban los clérigos en otro idioma extravagante, el latín? Además, el detalle de que aquel indefenso animal estuviera destinado a ser devorado por mi tío y su siniestra cuadrilla de barbudos me parecía un auténtico desatino.

¡Mis tíos! —recordé— ¿Por dónde andarían? ¿Volverían a por mí como habían prometido, o regresarían a Castilla abandonándome a mi suerte?

El ruido del cerrojo me sobresaltó. Normalmente oía los pasos del carcelero acercándose a la puerta, pero esta vez no oí nada. ¿Qué querrá este buen hombre? —pensé.

—¡Arriba! —exclamó el intruso.

Eran los alguaciles acompañados por el carcelero.

—¿Qué sucede? —pregunté, algo turbada.

—¡Vas a ver al inquisidor! —gritó uno de ellos.

Me cargaron de cadenas y me condujeron a un edificio cercano. La luz de la mañana dañaba mis ojos; apenas podía ver nada. Tantos días en penumbra habían hecho mella en mí, pero daba gracias a Dios por seguir viva.

La gente de la calle se paraba a vernos y hablaban en voz baja, pero en cuanto entramos en aquel edificio todos callaban. Me llevaron a una sala que parecía una mazmorra. Tenía las paredes de piedra, ennegrecida en algunos puntos por el humo de las antorchas. En un lado había una mesa en la que esperaba un viejo desdentado y mofletudo, de pelo lacio y aceitoso; estaba sentado en una silla y no me quitaba sus ojillos legañosos de encima, pero no dijo nada. Siguió sentado y ni siquiera les dirigió la palabra a los alguaciles. Garabateó algo en un papel y se quedó mirándome con la pluma en la mano. Pensé que sería el secretario. Había visto otros secretarios y escribanos

y todos tenían la misma pinta; a fuerza de llenar los papeles de embustes se les quedaba el alma retraída, como encogida por el peso de sus mentiras. ¡Cuán diferentes eran de los soldados! Carecían de esa gallardía y apostura que lucen muchos de ellos. El oficio moldea al hombre, pensé. Uno no nace mozo de mulas; se va haciendo. No pude continuar mis observaciones.

Un hombre de mediana edad penetró en la sala. Llevaba hábitos de monje, negro y blanco, como el plumaje de una urraca. Esas aves eran admiradas en nuestra tierra; creo recordar que algunas de nuestras antiguas reinas recibieron su nombre: doña Urraca de Castilla. A primera vista parecen pájaros elegantes, pero cuando los ves comiendo mierda y carroña por los caminos pierden todo su encanto. No sabría decir a qué orden pertenecía aquel fraile; nunca tuve buen ojo para esas cosas. Mis tíos me habían enseñado que era mejor mantenerse a una distancia prudente. No me cabía duda de que era el que mandaba, porque el que creía secretario se puso de pie y no volvió a sentarse hasta que lo hizo el recién llegado. Hizo una seña a los alguaciles para que se aproximaran llevándome con ellos. Me acercaron a unos pasos de la mesa y volvieron a detenerse manteniéndose junto a mí, uno a cada lado.

—¿Sabes por qué estás presa? —me preguntó el del hábito.

—Lo ignoro —respondí—. Presumo que ha sido a instancia de los médicos y cirujanos; decían que todo cuanto hacía en las curaciones eran brujerías y siempre procuraron que el alcalde me pusiera presa.

—¿Y qué motivos tenían para decir una cosa así?

—Lo decían porque no les revelaba las medicinas que empleaba, pero no hay brujería alguna en mis curaciones.

—¿Y qué hay? —quiso saber.

—A los enfermos les doy unos humos de un cocimiento que preparo con hierbas, salvia, romero, espliego, comino, mejorana y tomillo. Los enfermos entran en ese baño bien abrigados y sudan mucho, debiendo repetirlo cuantas veces sea menester.

Estaba asustada, pero era consciente de que tenía que convencer a mi interlocutor o estaba perdida. Las palabras del estudiante Ocaña volvieron a venirme a la mente: muéstrate obediente y confía en la indulgencia del tribunal.

—También curo el accidente de orina haciéndole tomar al paciente, durante tres mañanas y en ayunas, zumo de limón serenado con azúcar —seguí diciendo—. Pero todo son remedios naturales y nada de palabrería, ni mezcla de cosas sagradas, ni de cosa que tenga viso alguno de superstición. Así he venido haciéndolo en varios lugares, y por las curaciones no me daban sino algún bocado de comida.

—Te han visto escupir en una lima y decir luego que era la imagen del Santísimo crucificado.

—Eso es incierto, eminencia —respondí muy respetuosa, dándole el primer tratamiento que se me ocurrió, pero lo escuchó imperturbable—. Nunca dije tal cosa. A todos les decía siempre que les curaría con la ayuda de Dios, pero si les curaba ya veían que era yo una pobre y me habían de hacer alguna bondad.

—¿Y las calenturas, curas toda especie de calenturas?

—Curo todas las calenturas ardientes poniendo en los riñones de los enfermos un emplasto de harina de salvado con leche de cabra —respondí—. Con este remedio y la ayuda del Santísimo Sacramento he curado a varias personas.

—¿Todas las calenturas tienen el mismo tratamiento?

—Para las calenturas ligeras utilizo zumo de limón mezclado con clara de huevo, pues basta con ese remedio y la gracia de Dios —contesté.

—¿Y la gota?, ¿curas la gota?

—La gota no tiene cura y nunca me he atrevido a emprenderla —respondí—, pero curo la sordera con dos onzas de miel y un poco de aguardiente, echando tres gotas dentro del oído y unos algodones.

—¿Y es efectivo el remedio? —me preguntó.

—Sí; lo he experimentado en dos personas —respondí, pero tenía que parecer dócil y no omitir ningún detalle, así que seguí instruyéndole—. También curo el mal de curación con la gracia de Dios. Se fríe el corazón de un zorro en aceite y después se muele hasta convertirlo en polvos que se toman durante nueve mañanas con aguardiente, aunque de este accidente sólo ha curado a una sobrina mía.

El interrogatorio se parecía más a un examen de boticarios que a un interrogatorio del Santo Oficio, pero no podía confiarme; en cualquier momento empezarían las preguntas peligrosas en las que sería fácil dar un traspié. No pude evitar acordarme de Diego de Medina; cualquier día haría el examen y sería boticario, pero desterré ese pensamiento de mi cabeza para no distraerme.

—Para sanar, ¿basta con aplicar esos remedios? —siguió preguntándome.

—Si así lo quiere Dios, sí —respondí—. Es su gracia la que cura; la que me ha dado es tan grande que el cura de mi pueblo decía que curaría a una tapia porque era don que Dios me había dado desde el vientre de mi madre.

—Dices que Dios te ha dado un don o gracia, ¿cómo sucedió tal prodigio?

—Todos los remedios que uso no los he enseñado a nadie. Y sólo los he usado porque me los ha inspirado Dios Nuestro Señor y el Santísimo Sacramento, pero a pesar de recibir la gracia no me dio la del conocimiento de las hierbas ni otras cosas que he usado en las curaciones.

—No has contestado a mi pregunta ¿cuándo recibiste esa gracia?

—Tengo esa gracia desde los 12 años. Estando mi tío enfermo de dolores en las rodillas le pregunté si quería que en nombre de Jesús Sacramentado le diera unos humos y le pusiera un confortativo. Nadie me lo había insinuado y yo no tenía otro motivo que ofrecerme para sanarlo. El médico y el cirujano, que estaban presentes, le dijeron que me dejara hacer, pues podría ser que Dios me hubiese dado alguna gracia. Y como resultó que le curé con un confortativo de carne, vino blanco espolvoreado con clavo y canela, y los humos del cocimiento de hierbas antes dichas, las gentes se persuadieron de que tenía gracia. También yo lo creí en mi interior, aunque sea una pecadora, pero desde entonces sé que Dios me ha infundido gracia para curar todas las enfermedades con tal que no se hayan contraído antes de nacer y así lo he dicho sin recato siempre que he estado con enfermos.

—¿Y dónde está la mano de Dios en todo esto? —quiso saber el clérigo, que empezaba a impacientarse.

—Es una gracia porque nadie me ha enseñado las medicinas que tenía que usar, como tampoco el modo de aplicarlas —respondí—. Y todo lo he practicado porque Dios me lo inspiraba así, encomendándome al Santísimo, oyendo misas y rezando rosarios. Y no puedo dar otra razón sobre el modo con que Dios me ha inspirado.

Hice una breve pausa, pero aquel hombre se estaba inquietando y no sabía cómo interpretarlo. Tal vez estaba nervioso porque no encontraba nada interesante en mi declaración, o tal vez porque tenía otras cosas que hacer, pero pensé que era mejor darle más detalles. No quería que pensara que estaba escondiendo la verdad.

—Pero, como llevo dicho, no me dio el conocimiento de las hierbas, conocimiento que he adquirido en las boticas y por diferentes personas. Sin embargo, cuando curé a mi tío no había oído jamás nombrar tales hierbas y sólo las pedí por la inspiración que tuve en mi corazón. Después también he usado de cosas que he oído nombrar y que por intuición sentí que con la gracia que Dios me había dado contribuirían a las curaciones.

—¿Es todo lo que tienes que decirme?

—Así es —respondí con humildad.

—¿No te das cuenta de lo inverosímil que resulta esa gracia en una persona de tu condición?

—¿Acaso Dios da la espalda a los pobres y sólo concede sus dones a los que pueden acreditar un título de nacimiento o cierto nivel de renta?

—¡No seas insolente! —exclamó—, no te conviene.

—No era esa mi intención, pero la sola idea de que Dios no esté también con los desfavorecidos, me causa pavor.

El estudiante Ocaña me había instruido bien, pero mi pequeño orgullo estaba a punto de traicionarme. El orgullo es un verdadero lastre para los pobres, y lo sabía. ¿De donde me venían esas oleadas orgullosas que amenazaban con perderme? A veces mis tíos se burlaban de mí. No tienes dónde caerte muerta, pero tienes orgullo —solían decirme—; ten cuidado, no sea que tu orgullo acabe contigo. Pero no era momento para nostalgias inoportunas. Debía prestar atención al interrogatorio.

—Hay varias contradicciones entre lo que tú afirmas y algunos testimonios —dijo—; los pasaré por alto si confiesas todos tus embustes. Curar tan graves enfermedades sólo con misas y hierbas se parece demasiado a un pacto con el diablo.

Me quedé helada. El tono de aquel clérigo, que más tarde supe que era el fiscal, había cambiado. Estaba más distante que al principio y por primera vez sacó una cuestión peligrosa: la brujería, el pacto diabólico, pero estaba dispuesta a no dejarme enredar ni a desfallecer. Intuí la malicia y la gravedad de la pregunta porque el secretario despegó su nariz del papel y me miró complacido con sus ojitos redondos y hundidos como ombligo de danzarina ambulante.

—Si soy embustera, Dios lo sabe —respondí con toda la humildad que pude—, pero niego haber hecho pacto con el demonio ni permita Dios que tal cosa haga.

—Es todo por hoy —dijo con brusquedad—. Llévensela.

Le miré con sumo respeto y humildad, y le dediqué una ligera reverencia al tiempo que me santiguaba, como se acostumbra a hacer al pasar por delante del altar. Era mi pequeño homenaje a los que ocupan el lugar de Dios. Por supuesto que era una chanza, pero ¿quién lo iba a decir de una carita de ángel como la mía? La llevaba marcada y repuntada por las chinches y las pulgas, pero seguía produciendo su efectos mágicos. El clérigo me miró con cara de desprecio; debió pensar que la reverencia era para el enorme crucifijo que había detrás de él, presidiendo la mesa. Los infelices acostumbraban a hacer cosas parecidas; los había visto muchas veces doblando las rodillas y esperaba que todos hicieran lo mismo.

Un tirón de la cadena hizo que me volviera para seguir al trote el paso de los alguaciles. Desandamos el mismo camino y me devolvieron al calabozo. Allí esperaba el carcelero, sentado en el

banco de piedra de la puerta, que permanecía abierta. Me quitaron la cadena y me hicieron entrar con un empujón en la espalda.

—¡Toda tuya! —le dijo uno de los alguaciles con su risa de necio.

—Vayan con Dios —respondió muy serio el viejo soldado.

Los alguaciles dieron media vuelta y se alejaron, reforzando su animada conversación con alguna carcajada esporádica. Pensé que estaban rememorando las incidencias del interrogatorio.

—¿Tienes algo que contarme, muchacha? —me pregunto el carcelero en cuanto los alguaciles estuvieron a cierta distancia, una distancia prudente desde la que no podían oírnos.

—Es pronto para sacar conclusiones, pero el hecho de que haya sido un interrogatorio tan breve me llena de esperanza —respondí.

—Ya se verá —dijo—. ¿Quieres comer?

—Se lo agradezco a *vuesamerced*, pero prefiero esperar a Joana, la mujer de Pedro Salazar.

—Como desees —respondió con la misma indiferencia de siempre.

Capítulo 8

Caminaba a buen paso, deseosa de llegar a casa de Joana cuanto antes y darle la noticia tanto tiempo esperada. El día parecía más claro que nunca; la luz rebotaba por todos los rincones y me cegaba a cada paso, pero no podía detenerme. Estaba loca de alegría. No podía creer que volviera a ser libre. Durante el tiempo pasado en aquel miserable calabozo había llevado el mismo vestido; estaba bastante sucio y pensaba meterlo en agua hirviendo para desinfectarlo, pero la gente que me encontraba por la calle igual me saludaban con cortesía. Todos sabían lo sucedido, pero habían decidido ignorarlo. Tenía la impresión de que la tragedia vivida quedaría reducida a un triste paréntesis en mi vida y eso me llenaba de felicidad.

—¡Quica! —exclamó Joana con las lágrimas en los ojos—. ¿Cuándo te han soltado? ¿Qué ha sucedido? Estás un poco más delgada, pero no te veo desmejorada.

—Algunas picaduras más de la cuenta, pero sabré hacerlas desaparecer —respondí a una emocionada Joana que no se despegaba de mí—. No le conviene a *vuesamerced* acercarse mucho; primero hay que hervir estas ropas y ponerme a remojo.

—Mi marido no se lo creerá —dijo—. Está en la huerta; no tardará en volver.

Pasé la mañana saludando a toda la buena gente de Villalba que acudían a confirmarme su amistad. Su curiosidad no tenía límites. Querían conocer todos los detalles de mi estancia en prisión, de mi interrogatorio y un sinfín de cosas. Al principio me complacía en repetirlo una y otra vez, pero todavía no me había restablecido y al cabo de unos días empecé a dar señales de fatiga.

Debía introducir cambios drásticos en mi vida, unos cambios que pasaban por revisar el método empleado en las curaciones. Me gustaría ser boticario, es lo que siempre hubiera querido, pero las mujeres no podían serlo, así que en lo sucesivo nada de supercherías; sólo hierbas para sanar las enfermedades en las que había tenido éxito, dejando las dudosas para los doctores y cirujanos.

Por otra parte, empezaba a acariciar la idea de echar raíces en Villalba. Joana no paraba de hablarme de sus sobrinos o de los hijos de sus amistades; veía buenos pretendientes en cualquier parte, pero en este asunto yo todavía naufragaba en un mar de dudas.

—Quica, un joven pregunta por ti.

—Salgo enseguida, Joana —respondí.

Pensé que se trataría de alguno de sus sobrinos; al fin se había decidido a traerlo a casa para acercar posiciones, pero deseché la idea porque me hubiera avisado con tiempo. Tanto Joana como su marido eran personas reflexivas, poco dadas a improvisar y menos en una cuestión tan delicada. Se trataría de otro joven, pero no había tantos jóvenes que desearan verme y se atrevieran a dar el paso.

—Es el hijo del boticario —me susurró al oído cuando me dirigía hacia la entrada. Joana venía a mi encuentro para evitarme una sorpresa que podía resultar desagradable.

No había vuelto a ver a Diego de Medina desde la desafortunada visita en la que me pidió un filtro de amor. No se lo hice pero tampoco vino a reclamármelo, así que el asunto quedó olvidado y luego sucedió todo lo demás. Estaba indecisa. ¿Debía sonreír o permanecer distante? Como no lo sabía decidí dejarme llevar por la intuición. Si era capaz de controlar mi genio me volvería a dar buen resultado.

—¡Francisca! —exclamó al verme.

Parecía muy ilusionado, pero después del jarro de agua fría que había recibido la última vez prefería ser precavida.

—¿Cómo se encuentra *vuesamerced*? —le pregunté.

Preferí dirigirme a él con la fórmula de cortesía corriente, procurando que mis palabras sonaran con la frialdad de las de mi paisano, el viejo soldado. Dudaba que fuera a conseguirlo; mi corazón no paraba de bombear sangre; empezaba a notar demasiado calor en las mejillas, y temí que me estuviera ruborizando. Siempre creí estar por encima de esas niñerías. Me había criado en la calle, entre mendigos, y creedme, aquello no es lugar para flaquezas.

Seguía sin saber si hacía lo correcto, pero mis palabras sirvieron para refrenar su ímpetu.

—Agradezco su interés —me dijo—, pero no he venido a hablar de mí...

—Si *vuesamerced* viene a recoger su filtro de amor, sepa que no lo tengo preparado —le dije, interrumpiéndolo.

—¿Mi filtro de amor? —preguntó, extrañado—. ¡Ah!, ahora lo recuerdo. No, no es eso, pero debo decirle muchas cosas y no sabría por dónde empezar.

—Pruebe *vuesamerced* con una, luego con otra, y así sucesivamente.

A estas alturas de la conversación empezaba a temer que volvería a sacarme de mis casillas como la última vez, pero ahora no estaba dispuesta a cometer el mismo error. Había sido denunciada por no sujetar mi lengua y había aprendido la lección.

—Pues allá van todas de golpe —dijo—. Todo lo que le dije

aquella noche era mentira...

—¿Cómo dice *vuesamerced*? —no daba crédito a mis oídos.

—Todo era mentira excepto que un buen hijo no puede echar por la borda lo que sus mayores han reunido con tanto esfuerzo, y tampoco era cierto que necesitara un filtro de amor.

—Eso no disipa mis recelos —respondí con sequedad—. *Vuesamerced* afirma que antes me mintió en casi todo, y ahora asegura decir toda la verdad. ¿No comprende que eso no tiene pies ni cabeza? ¿Cuándo debo creerle, antes o ahora? Ahora tiene los mismos motivos para mentir que antes: ninguno. ¿Qué ha cambiado? Nada

—Deje que me explique —suplicó—. Desde el primer día que la vi no he pensado en otra mujer, y no soy un hombre enamoradizo, ni suspiro de amores por la hija de ningún rival de mi familia. Todo fue un embuste para acercarme a *vuesamerced*; no sabía como justificar mi presencia en esta casa y se me ocurrió lo del filtro de amor.

—¡En mala hora! —exclamé. No podía disimular mi enfado, pero debía controlarme, no fuera a pasar lo mismo y acabara de nuevo en aquella celda apestosa.

—Cierto —asintió—, y no sabe cómo lo lamento.

—¿Es todo lo que *vuesamerced* tenía que confesarme?

Mi voz debía sonar tan repelente como la del carcelero; en el fondo tenía la sensación de que le estaba imitando. Diego se quedó un momento en silencio, como si estuviera analizando el alcance de mis palabras y de mis sentimientos.

—Bueno, también quería confesarle que mi padre se opone a que la corteje —dijo con voz tan baja que casi no lo oí—, pero procuraré que cambie de parecer. Sé cómo hacerlo.

—¿Cortejarme, dice? —le pregunté, escandalizada—; para eso se necesita mi consentimiento, y por supuesto el del dueño de esta casa. No voy a deshonrar a quienes han sido tan generosos de acogerme en su casa con encuentros clandestinos; ni para favorecer a *vuesamerced* ni a nadie. Sólo soy pobre, pero no soy mercancía ni entretenida de nadie.

Diego estaba aturdido; hablaba de forma atropellada y notaba que se iba desinflando a medida que seguíamos hablando, pero me sentía furiosa y ultrajada.

—Ruego me disculpe —dijo, tartamudeando—. He venido cargado de muy buenas intenciones, pero me temo que no hago más que empeorar las cosas.

—Me hago cargo —le dije en tono conciliador—. Vuelva *vuesamerced* a su casa, sosiéguese y céntrese en el examen de boticario.

—¿Debo entender que seguimos siendo amigos?

Casi era una súplica. Tal vez había sido excesivamente cruel, pero estaba dolida y con razón.

—Por supuesto —le respondí—. Tómese su tiempo y si lo que dice sentir por mí no ha cambiado, vuelva y tendremos esta conversación conforme mandan las buenas costumbres, esas que toda persona decente, sea rica o pobre, debe respetar.

—¿Me esperará? —quiso saber, cada vez más confuso.

—No tengo intención de marcharme a ninguna parte —le dije—, al menos durante un tiempo.

—Eso no responde a mi pregunta —dijo.

—Es la respuesta que le doy —respondí.

Mi vida estaba dando un vuelco peligroso; empezaba a gustarme que los hijos de buena familia se interesaran por mí como nunca lo habían hecho. No era un juego porque en la calle no se aprende a jugar sino a sobrevivir, pero era una apuesta arriesgada, la misma que había intuido hacía algún tiempo. Si la perdía me encontraría peor que antes.

Joana había oído parte de la conversación y se acercó para mostrarme su apoyo.

—No es mal mozo este Diego de Medina —dijo—. En esta villa nos conocemos todos y nunca se ha oído nada que permita dudar de su honestidad.

—No lo dudo —dije—, pero desconfío de las personas que mienten para entretenerse. Suelen ser inconstantes y poco leales; no sabes cuándo será la próxima mentira o cuando se van a cansar del mismo plato y terminen asqueándose y abandonándote a tu suerte.

Joana sabía lo ocurrido en nuestra última conversación y en la que tuve con el estudiante Ocaña. No tanto porque aquellas paredes guardaban pocos secretos sino porque yo misma le había dado todo lujo de detalles. Era lo más inteligente, dada mi juventud frente su experiencia. Siempre tenía un consejo preparado o unas palabras amables para consolarme, y cuando ella no entendía algún comportamiento masculino pedía la opinión de su marido y me la transmitía como si fuera suya.

—No seas demasiado severa con él —me rogó—. Lo de los embustes de aquella tarde son propios de su juventud más que de su malicia. Sin duda fue un error, pero antes o después todos cometemos errores.

—Ahora me siento herida —dije—, pero en unos días se me habrá pasado.

—Confío en ti —me respondió—. No es bueno sufrir la injusticia

pero tampoco cometerla. Tú la has sufrido; no la cometas ahora.

—Joana, estoy viéndola venir —dije, riendo—, *vuesamerced* no parará hasta verme felizmente casada.

—Eso espero —respondió, y las dos nos pusimos a reír con ganas.

* * *

Abandoné la adivinación y a partir de ese momento sólo trataba las enfermedades corrientes de la gente más cercana a la familia de Salazar. Sin aquel flujo de gente desaparecieron las reuniones nocturnas de nuestra vidas, aquellas reuniones en que unos venían a curarse con mis perfumes y otros a divertirse con mis trucos de adivina. El silencio volvió a aquella casa y poco a poco fuimos recuperando la calma. Las paredes ya no tendrían secretos que guardar porque no los volverían a oír; ni secretos, ni confidencias, ni charlas exaltadas que amenazaran nuestra felicidad. En adelante no habría más que suaves rutinas que nos harían olvidar las emociones vividas.

Joana volvía a estar embarazada, y eso quería decir que iba a tener más trabajo. A veces las embarazadas tienen que guardar reposo, aunque no se lo ordene el doctor. No deben hacer labores que exijan esfuerzo, pero alguien tiene que hacerlas. Una casa debe mantenerse limpia y atendida. Hay que servir al marido, cuidar de los hijos, de las gallinas, llenar los cántaros de agua fresca, coser, zurcir, hilar, tejer y un sinfín de cosas que un hombre no puede hacer. No porque no sea capaz de hacerlas, porque también podría aprenderlas, pero se cuidará mucho de meterse en terreno tan resbaladizo. Dios creó el mundo y los hombres se lo repartieron. Unos pocos se quedaron con casi todo, y dejaron muy poca cosa a la mayoría, pero dentro de cada grupo, las tareas que no quisieron hacer los hombres se las pasaron a las mujeres. Nadie sabe muy bien cómo sucedió todo eso ni en qué reunión lo acordaron, pero el cura no se cansa de repetir que así lo ha dispuesto Dios desde el principio de los tiempos y que no le corresponde al hombre cuestionar sus decisiones. Pero el cura no sabe qué piensan o qué sienten las mujeres, y dudo mucho que se lo aclare lo que oye en confesión. Sólo soy una pobre mendiga, pero veo lo que sucede a mi alrededor, y lo que veo no me gusta. Las mujeres no pueden ser boticarios, ni abogados, ni escribanos, ni nada de nada, ni siquiera curas. Hay mujeres que desempeñarían esos oficios mejor que muchos hombres, y no lo digo porque siempre quise ser boticario, pero los hombres nos han relegado a las labores domésticas y nos han negado hasta la enseñanza de las primeras letras. Hay muy pocas que sepan leer y escribir, incluso muchas nobles crecen sin saber distinguir una letra de otra. Desde luego, la vida de una noble no es la de una mendiga, pero en muchas cosas nos parecemos.

A cambio de mi ayuda, Joana Teruel me ofreció su casa y un jornal por todo el tiempo que quisiera estar con ellos. Necesitaba ayuda; es cierto, pero me había criado en la calle y las cosas que allí había aprendido habían estado a punto de perderme. Tenía la oportunidad de rectificar, pero no sabía gran cosa de cómo llevar una casa. Por suerte, eso no parecía ser un obstáculo para mi bondadosa anfitriona. A cambio de mi ayuda prometió enseñarme a hilar, tejer y otras labores propias de un hogar. Diría que me habían adoptado, al menos me trataban como a una hija, la hija mayor de la familia Salazar. Y como la propuesta me pareció buena para todos, sobre todo para mí, acepté.

Cada día iba al pozo más cercano con uno de los cántaros. Debajo de la escalera estaba la cantarera. Era un armario donde se guardaban cuatro cántaros encajados en dos estantes de madera. Siempre procuraba tenerlos llenos. Para beber, guisar y asearnos se necesita mucha agua. Junto al patio de luces teníamos un pozo; también tenía agua clara, pero sólo la usábamos para limpiar la casa, lavar la ropa, y darla a los animales, un auténtico lujo que no estaba al alcance de todo el mundo. Digo que era un lujo porque nos evitaba tener que traerla del pozo y muchos dolores de cadera o de espalda, pero no entendía por qué no la usábamos para todo, incluso para beber. Joana me explicó que alguna vez sacó un ratón con el cubo. Había resbalado cuando trepaba por la pared y se había caído al pozo, a pesar de que solía estar protegido con una tapa de madera. Su casa estaba muy aseada, pero en muchas casas había cuadras o corrales y no estaban igual de limpios. Había ratones. Se metían por donde querían, y una de mis faenas consistía en controlar esas molestas visitas con algunas ratoneras que situaba por donde creía que podían colarse. Para este cometido contaba con la ayuda de un gato; no le habían puesto nombre y le llamábamos simplemente así: gato.

En el pozo había hecho amigas, algunas eran de mi edad y otras algo mayores. Se desvivían por ponerme al día en todos los chismes de la villa. Salían muy temprano de casa, pero no volvían hasta que ya no hubiera nada más que contar, aunque tuvieran los cántaros llenos. Me enteré de quiénes eran los chicos más guapos y de los amores que iban y venían, amores que surgían para esfumarse poco después. Muchas de aquellas noticias se referían a Diego de Medina. Había corrido la voz de las visitas que me había hecho, o del conflicto que tenía con su padre por mi culpa, según decían, y ponían especial interés en ilustrarme. No tardé en notar que el mozo ocupaba un rinconcito en muchos corazones, y que por ese motivo algunas me miraban mal. Empezaba a darme cuenta de que a pesar de tanto agasajo no contaba con su favor. Por suerte no sabían nada del estudiante de leyes, pero un buen día alguien lo mencionó.

—Juan José Ocaña está en casa de su padre.

—Se habrá acabado el vino en la ciudad y tiene que venir a buscarlo aquí —dijo otra.

El comentario provocó muchas risas; era falso, pero nadie lo desmintió. Yo tampoco. Sabía que el estudiante había cambiado, que las borracheras formaban parte del pasado, y que ahora era un hijo respetuoso y un estudiante modélico. Pero diría que la gente disfruta más aireando lo peor de cada uno que reconociendo lo bueno. Muchas de aquellas jovencitas habían suspirado por el apuesto estudiante de otros tiempos, y cuando perdió la apostura también perdió su admiración. Seguían haciendo leña del árbol caído; había rebrotado, pero preferían ignorarlo. Era lo más conveniente para todas. Y lo más divertido. Es como si dijeran: ¿qué te habías creído? ¡Así aprenderás a ser humilde!

Al llegar a casa guardé el cántaro en su sitio y me puse a remendar unos zaragüelles de mi anfitrión, que son unos calzones de lienzo blanco usados por los labradores de esta tierra. Al poco tiempo vino Joana a reunirse conmigo para revisar mi trabajo.

Me dijo lo que ya había oído en el pozo. El estudiante Ocaña estaba en el pueblo. Había venido a visitar a su madre, que estaba delicada de salud. No sabía a qué obedecía tanto interés en hacerme ese tipo de confidencias.

Deseaba que viniera a verme, aunque no tenía ningún motivo para esperar tal cosa. A fin de cuentas era un extraño que sólo había venido a darme unos consejos, pero en el fondo me estaba engañando a mí misma. Deseaba esa visita. Estuve pensando toda la tarde en las cosas que podría decirme y la manera en que debía responderle. Pero las horas pasaban y el estudiante no llegaba. Con gusto hubiera tomado la iniciativa, pero no tenía ningún pretexto para acudir a su casa; Ocaña no tenía un comercio como Diego.

Al caer la tarde estaba en compañía de Joana. Zurcíamos calzones y camisas en la habitación destinada a comedor, y escuché unos pasos que se acercaban. Creí que sería maese Salazar.

—Francisca...

Al oír mi nombre levanté la vista de la aguja y del dedal y miré hacia la puerta. Allí estaba Juan José Ocaña, guapo y apuesto como un arcángel, con su melena rubia que caía sobre su frente, y esos ojos azules que me miraban sin pestañear.

El corazón me dio un vuelco. No me salían las palabras, al menos las que yo había ensayado. Ni las que había ensayado ni las que debía improvisar. Me quedé callada mirándole con la boca entreabierta, pero mi mirada era menos serena que la suya.

—Discúlpenme —dijo Ocaña— , maese Salazar ha tenido la cortesía de dejarme pasar y he tenido la desfachatez de tomarle la palabra y presentarme ante *vuesasmercedes* sin haber sido invitado.

Joana, siempre tan observadora, acudió en su ayuda.

—*Vuesamerced* ha hecho muy bien en tomar esa decisión —dijo—. En esta casa siempre será bien recibido. Estamos agradecidos y no olvidaremos lo que ha hecho por Francisca.

Yo seguía callada, mirándole con una sonrisa congelada, pero mi arrobamiento no había pasado desapercibido para Joana ni, con toda seguridad, para Ocaña.

—Voy a ver si mis hijos me necesitan —dijo Joana, levantándose y saliendo de la habitación.

Nadie intentó retenerla, pero yo seguía sin saber qué decir. Sólo lo miraba. Me acordé de que la madre del estudiante estaba enferma y me interesé por su salud, pero luego me limité a callar y a seguir mirándolo embobada. Hubiera sido más sensato hablarle de mí, de mis sentimientos, y ¿quién sabe?, tal vez de nosotros, pero era feliz teniéndolo a mi lado... contemplándolo en silencio, como quien admira una bella estampa.

—Mentiría si te dijera que sigues igual —me dijo. Ese comentario me sacudió de arriba abajo. ¿Acaso aquellas horribles picaduras me habían marcado? ¿Seguía teniendo los labios agrietados y las mejillas mustias y sin color?—. Eres mucho más bonita de lo que recordaba —siguió diciendo después de una breve pausa. Esas palabras disiparon todos mis temores.

—*Vuesamerced* conoce las palabras adecuadas para alagar a una chica —le dije—, pero hay algo que quisiera saber.

—Cualquier cosa que me pidas y que esté a mi alcance la pondré a tu disposición —me respondió sin dejar de sonreír. Le devolví la sonrisa sabiendo que estaba siendo sincero.

—¿Es cierto que *vuesamerced* siempre ha venido a verme cumpliendo el encargo de su amigo Diego de Medina? —me daba la impresión de que estaba siendo demasiado tosca, pero me había criado en la calle, y en la calle no hay tiempo para florituras. Esa era otra de las tareas que me había propuesto: pulir mis maneras con la ayuda de Joana.

—Así es —me confesó—. Pero eso forma parte del pasado. No tengo ninguna intención de traicionar a mi amigo, pero desde que te conocí no he dejado de pensar en ti. Tú formas parte de mis planes y de mis sueños. Si me he redimido ha sido por ti. Si he salido de aquel torbellino que me engullía poco a poco ha sido por ti. Por ti sigo vivo y por ti sigo respirando. ¿Qué más puedo pedir? No voy a disputarle a

mi amigo lo que tanto desea. Ni es el momento para exigirte nada; ni siquiera me atrevo, pero sabré esperar.

Me gustó tanto lo que acababa de oír, que preferí callar antes que soltar una nimiedad. No quería estropear aquel momento. ¡Aquello era magia de la buena y no los trucos de feriante que había practicado! Al final, me decidí a hablar. A los hombres hay que apuntarles una salida, de lo contrario pueden perderse en el laberinto de las emociones mientras la buscan.

—No hable *vuesamerced* de traiciones —le dije—. Su amigo no ha ido más allá de una declaración de buenas intenciones, de modo que no existe ni compromiso ni nada que remotamente lo recuerde. Por otra parte, estaría encantada de volver a ver a *vuesamerced*, pero no olvide que tiene obligaciones que cumplir consigo mismo y con su familia. Debe alcanzar la meta que todos deseamos: ser abogado. No puede descuidarse ni desviarse de su propósito.

—Descuida —dijo con aquella sonrisa que me tenía cautiva—. Así lo haré.

Capítulo 9

El gato jugaba en el patio, a la sombra de una de sus paredes. Era un gato joven, hijo de una gran cazadora, y me acerqué para ver qué estaba tramando. Había capturado dos ratones. Cogía uno y lo lanzaba al aire. Antes de que empezara a caer, saltaba y lo atrapaba en pleno vuelo. Se tumbaba, juntaba las dos presas, y liberaba a una de ellas. El ratón liberado intuía que no tenía escape y se resistía a moverse, haciéndose el muerto. A veces ese truco da resultado. El gato le daba unos golpecitos con una de sus patas, con las uñas retraídas, para animarle a huir, pero el ratón prefería ignorar esos estímulos tan traicioneros y seguía sin moverse. Le daba un empujón para alejarlo uno o dos pasos. Con la distancia, el ratón recuperaba la confianza en si mismo y trataba de escapar con la velocidad que sus maltratadas patitas le permitían. Vano intento. Su cazador lo tenía todo previsto; sólo estaba celebrando su triunfo, un triunfo que se resignaba a terminar. Luego volvía a hacer lo mismo con el otro ratón mientras dejaba descansar al primero, a ver si se recuperaba. Repetía la misma acción una y otra vez, alternando sus presas. Cuando se cansó de ese juego decidió lanzarlos sobre su lomo, los dos a la vez. Se los cambiaba de mano, simulaba tenerlos fuera de control y fingía que les dejaba escapar. Cualquier treta era buena para que decidieran huir, pero cuando sus maltrechos cautivos abandonaban la lucha, la distracción se acababa, y entonces se los comía.

Estaba tan abstraída mirando las maniobras del gato, que no oí acercarse a Joana. Su voz me sacó de golpe de mis observaciones.

—Quica —me dijo a media voz—. El carcelero quiere hablar contigo; está en la entrada.

Me alarmé. ¿Qué podía querer aquel viejo soldado? Mi vida en prisión quedaba muy lejos y había dejado la adivinación y las curaciones. Todo parecía muy lejano, pero debía ser algo importante porque sabía que era un hombre parco en palabras. También sabía que acudía en mi ayuda, aunque no acertara a adivinar de qué podía tratarse. A pesar de su frialdad siempre había sido correcto conmigo, incluso me había dicho que podía pedirle cuanto quisiera, que había mucha gente que me quería. Siempre imaginé que se refería a Joana, pero todavía no lo había comprobado.

Entonces me acordé. En una ocasión me dijo que las personas insignificantes se enteran de muchas cosas porque nadie las tiene en cuenta. Tal vez se trataba de alguna noticia de mis tíos. Eran los únicos parientes que tenía, pero no habían vuelto y ya tendrían que

haberlo hecho. ¿Habrían muerto? ¿Habrían acabado en prisión? Quería salir de dudas cuanto antes y me dirigí a su encuentro.

—Celebro verle con buena salud —le dije—. ¿Me trae *vuesamerced* alguna noticia de mis tíos?

—No, pero te concierne a ti —respondió—. Presta atención, muchacha; sabes que no me gusta repetir las cosas ni hablar por hablar —añadió con mucha seriedad—. Ha llegado un hombre que dice estar al servicio de un corregidor y está preguntando por ti y por tus tíos —de la habitación contigua salió un chillido apagado. Era Joana que estaba escuchando—. Ha hablado con los alcaldes y con todos los regidores, incluso con el justicia, con los alguaciles y con el cura párroco. Se interesa por tu edad, en qué pueblo naciste, y tus señas, sobre todo quiere saber si tienes alguna cicatriz.

—¡Jesús, María y José! —exclamé con voz trémula—. No tengo fuerzas para volver a pasar por el mismo infierno.

—Muchacha, no te precipites —me dijo—. He visto muchos perros de presa y éste no es uno de ellos. Hazme caso; es mejor que aguardes aquí. No tardará en presentarse. He oído que la información que busca sólo se la puedes proporcionar tú. Tú y tal vez tus tíos —rectificó—. Queda con Dios —dio media vuelta y se fue, apoyándose torpemente en su muleta.

—Que Él le guarde —le respondí cuando ya se había alejado unos pasos.

Confié en sus palabras. Le faltaba una pierna, pero era un hombre íntegro. Eso no me sosegaba. Tampoco Joana conseguía calmarme por más que lo intentaba. Al final decidimos resignarnos y esperar al misterioso visitante haciendo algo útil. Nos pusimos a coser. Echaba de menos los consejos de Juan José Ocaña, pero estaba en la ciudad volcado en sus estudios.

—¿Francisca Deza?

Alguien preguntaba por mí. La puerta estaba abierta para que entrara el frescor del atardecer, y la voz se coló con la brisa para oírse en media casa. No era una voz recia, como la de los soldados o incluso de los alguaciles, sino blanda, más propia de hombres que nunca han peleado por un hueso.

Joana y su marido querían acompañarme y habían estado todo el día sin salir de casa.

—¡Ya va! —exclamó Salazar.

Poco después entraba con el desconocido en el comedor, donde le esperábamos Joana y yo. Era un tipo bastante joven, flaco y tacaño de estatura, que usaba anteojeras. Después de las formalidades habituales, el forastero decidió ir al grano y no andarse con rodeos.

Debía estar cansado de repetir las mismas frases durante la indagaciones que estaba llevando a cabo y daba la impresión de que quería acabar de una vez por todas.

—Me llamo Álvaro Núñez, y soy escribano, comisionado por don Pedro Deza, corregidor de Toledo, para el asunto que me ha traído hasta aquí. ¿Tú eres Francisca Deza?

—Yo soy Francisca Deza —contesté—. Dígame que se le ofrece, que me tiene *vuesamerced* en ascuas.

—Hará cosa de unos doce años —dijo—, la única hija del corregidor, que entonces tenía cinco, desapareció de su casa de Cerrillo del Condado, a corta distancia de Toledo, y desde entonces no se ha sabido nada más de ella. A raíz de ciertas investigaciones efectuadas por el Santo Oficio en el proceso seguido contra ti, supimos que estabas en esta villa y que tienes la misma edad que ahora tendría la hija de don Pedro, y el mismo tipo de pelo, negro azabache. Y creemos que tú eres aquella hija tanto tiempo desaparecida.

—Pero ese dato no basta para llegar a semejante conclusión —dijo Salazar.

—En efecto; agradezco su observación —dijo el escribanito con una ironía que estaba fuera de lugar—, pero comprenda *vuesamerced* que esa sola coincidencia no me habría hecho recorrer tan largo camino. Hay muchas más —carraspeó antes de seguir—. El atrio de la iglesia parroquial de Cerrillo está cerrado con una verja de hierro que se eleva a más de tres brazas del suelo. Esa reja acaba en puntas afiladas como alabardas de guardia suizo, y los niños trepan por ellas para pasar al otro lado antes de que el sacristán abra la puerta. Poco antes de su desaparición, la niña del corregidor se hirió al coronar aquellos hierros, quedándole una cicatriz en forma de “L” en el repliegue de la nalga derecha con la pierna —los ojos se me salían de las órbitas—. Y mi pregunta es, ¿tienes esa cicatriz?

—Sí... sí —dije con un ligero tartamudeo—. Pero no recuerdo cuándo me la hice, y puede tratarse de una casualidad. Siempre he vivido con mis tíos; es la única familia que tengo.

—Ahora nos ocuparemos de tus tíos —dijo muy pagado de sí mismo—. Tus tíos fueron detenidos en Calatayud, en el reino de Aragón, y llevados a las cárceles de aquella villa para ser interrogados. Dado que confesaron cuanto sabían, ya han sido liberados, así que no debes preocuparte. Resulta que, vagando por los pueblo de Ciudad Real, vieron unos feriantes que se servían de una niña de unos cinco o seis años para pasar el platillo y arrancar algunas monedas al público que asistía a su función. El espectáculo consistía en una cabra que pasaba por un balancín al son de tambor. Nada prodigioso, como puedes ver, pero la niña les dio pena. Tenía moratones en todo el

cuerpo, estaba famélica y caminaba descalza. Sospecharon que aquella criatura había sido robada y amenazaron a los feriantes con denunciarles si no les confesaban dónde estaban sus verdaderos padres. Pero aquellos juraban haberla comprado a otros feriantes que venían de Cerrillo del Condado. No quisieron dejar a la niña en tan mala compañía y pagaron un rescate simbólico por ella.

—¡Dios mío! —exclamé—. Mis tíos... —quería decir algo pero las palabras no me salían.

—Pero, díganos *vuesamerced* cómo se llamaba aquella niña —quiso saber Joana, que estaba tan aturdida como yo.

—Francisca Deza —respondió—, aunque sus padres y sus abuelos siempre le llamaban Quica —noté que estaba a punto de desmayarme —. Esos a los que tú llamas tíos confesaron que quisieron cambiar el nombre a la niña y ponerle sus apellidos para tenerla como hija, pero la criatura nunca consintió en desprenderse de su verdadera identidad. Insistía una otra vez en que se llamaba Francisca Deza, y por ese motivo decidieron mantenerle el nombre y criarla como sobrina.

La cabeza empezó a darme vueltas. Había perdido la noción del tiempo. Imágenes de otros tiempos se agolpaban en mi cabeza. Me vi trepando por la verja de hierro, tirando de los bigotes de mi padre, que me lo consentía todo, o poniéndome su sombrero y sus botas. Eran tiempos felices, pero también me acordé de los golpes que recibía de mis captores, incluso me maltrataban más que a la cabra. También me vinieron a la memoria los primeros años que estuve con mis tíos, pero, más tarde, todos esos recuerdos se borraron. Ahora, al cabo de tanto tiempo, volvían a mi cabeza, hasta los recuerdos más borrosos recuperaban nitidez.

Eran demasiadas emociones para una sola tarde. La habitación y lo que había a mi alrededor empezó a oscilar; todo parecía moverse como si tuviera vida propia. La luz empezó a parpadear, cada vez con más intensidad, quería levantarme, salir para recuperarme con el frescor de la tarde, pero antes de que pudiera hacerlo me desmayé.

No sé dónde va uno cuando se desmaya, pero diría que no va a ninguna parte. Ni siente, ni sufre, ni tiene sueños, ni pesadillas. Sólo es la nada, como si no existiera. A veces he llegado a creer que tal vez el alma se expande en esos momentos hasta confundirse con todas las cosas que nos rodean, las que vemos y las que no vemos. Sería algo así como la niebla del valle de Azordia, en la parte que mira a los montes, la brisa empuja la niebla de una ladera hacia la que hay un poco más allá. Cuando consigue juntarlas, las dos nieblas se funden y son una y la misma cosa. Pero creo que todo eso es como buscarle tres pies al gato.

—¡Hagan *vuesasmercedes* algo! —chillaba el escribano, más

histérico de lo que era conveniente—. Si le sucede cualquier cosa, don Pedro me despellejará vivo —exclamaba—. ¡Me echará a los perros! —Joana y su marido me sujetaban en la silla para que no me cayera, pero estaba con la cabeza y los brazos descolgados, como sin vida—. ¡Doña Francisca, volved en sí! —repetía el flaco escribano—, ¡doña Francisca! ...

Cuando me recuperé vi que, de una caja de madera, aquel hombre había sacado los utensilios de su oficio y escribía en un papel. Todavía no podía hablar, pero observaba cómo llenaba un papel tras otro a una velocidad vertiginosa. Estaba tan hipnotizada con su habilidad que no podía apartar los ojos de su pluma. Me preguntaba qué estaría apuntando con tanto frenesí, pero él estaba tan absorto en su escritura que ni siquiera me miraba. Cuando me rehíce se lo pregunté.

—¿Qué escribe *vuesamerced*? —le dije con una voz lejana, como si no saliera de mí.

—¡Ah! —exclamó interrumpiendo su redacción—. ¿Cómo os halláis, doña Francisca? ¿ya os habéis recuperado? —era como un perrito obediente y bien entrenado, de esos que no paran de hacer carantoñas a sus amos. Me pareció excesivamente relamido, pero sentí que aquel tratamiento tan formal empezaba a gustarme. Es fácil acostumbrarse a lo bueno—. ¿Que escribo, preguntáis? Pues yo os lo diré. Escribo las incidencias de la jornada para vuestro padre. Ya he despachado un correo urgente dándole cuenta de mi gestión. Ahora dispondré lo necesario para vuestro viaje.

—¿Qué viaje? —le pregunté, algo inquieta— ¿Dónde me lleva *vuesamerced*?

—Nos vamos a Toledo, doña Francisca —respondió con la misma afectación—. Vuestro padre, el corregidor, estará ansioso por abrazaros, aunque este quebranto de salud que habéis tenido nos obliga a permanecer en Villalba hasta que os halléis totalmente restablecida.

Que Dios me perdone, pero con gusto le hubiera dado un puntapié a aquel escribano bajito. No sé si era a causa de su manera de hablar, o a que me quería sacar de Villalba y de la compañía de Joana y de su familia. Los que hemos crecido en las calles no nos andamos con zalamerías. Ni siquiera las entendemos. Vamos de frente y a cara descubierta, sin fingimientos y sin arroparnos con palabrejas de doble sentido. Bastante tenemos con procurar abrigarnos para no helarnos de frío en invierno, y cubrirnos con decencia para no mostrar las vergüenzas en verano.

Salazar, con su proverbial generosidad, le ofreció una habitación, pero el escribano rehusó. Había alquilado una casa en Castejón de los Condes. Pretendía que me mudara allí, como dueña de aquella casa,

por supuesto. Según él, debía tomar posesión de mi nueva condición cuanto antes, pero preferí quedarme en compañía de Joana y de su familia. Al menos por el tiempo que me quedara en Villalba.

Durante aquellos días fui el centro de todos los comentarios de la villa. Alcaldes, regidores y justicia volvían a visitarme. Antes lo habían hecho para que les curara sus afecciones, pero sobre todo por curiosidad, para presenciar mis trucos de adivina. Ahora me llamaban "doña Francisca" todo el tiempo y me hacían reverencias. Incluso los alguaciles vinieron a presentarme sus respetos, saludándome como suelen hacer los soldados con sus superiores. Supongo que dudaban de su comportamiento anterior y querían prevenir posibles represalias.

Joana quería acompañarme a todas partes. Estaba encantada de las atenciones que me dedicaban, feliz de que fuera la destinataria de tanta reverencia. De alguna manera también iban dirigidas a ella.

No tenía ninguna excusa para ir a la botica, pero me hubiera gustado ver la cara de Diego. ¿Qué diría? Pero, sobre todo, ¿qué diría su padre? ¿Me consideraría ahora apropiada para su hijo? No me cabía la menor duda.

No quería dejar Villalba sin ver a Juan José Ocaña, pero estaba en la ciudad de Valencia. Tendría que resignarme, pero ya me pondría en contacto con él. Hay personas a las que no puedes apartar a un lado del camino, y el estudiante era una de ellas. Como también lo eran mis tíos, Joana, su marido, o el viejo soldado. ¡El castellano! —pensé—. Todavía no sabía quién estuvo dispuesto a pagar los gastos de mi estancia en prisión. Joana me confesó que nunca había hablado con el carcelero, y no podía irme sin averiguarlo. Parecía un detalle insignificante, pero tomar una decisión de esa magnitud en favor de una mendiga desconocida me parecía de una nobleza extraordinaria. Así que me dirigí hacia las cárceles en compañía de Joana. Ella quería seguir saboreando mi éxito, que también era el suyo.

No pude evitar acordarme de mi primer y último viaje a tan horrible lugar. Me escoltaban el alguacil mayor de Castejón de los Condes y dos familiares del Santo Oficio. Iba trotando detrás, procurando que las cadenas no anunciaran mi humillante paseo, pero no lo logre. Me temo que me vieron todos los habitantes de Villalba.

—Señora —me dijo el carcelero, haciendo la reverencia que se acostumbra entre los castellanos de buena cuna. Fue una reverencia algo torpe, dado su estado, pero por lo mismo doblemente valiosa—. Soy vuestro humilde servidor —añadió.

—*Vuesamerced* sabrá disculparme —dije—, pero necesito que me haga otro servicio —era un hombre inexpresivo, pero me pareció que se le iluminaba el rostro—. Quisiera saber quién le dijo que pagaría los gastos de mi prisión.

—Permitidme que haga memoria —me pidió—. La pregunta le había sorprendido. Comprendí que lo recordaba perfectamente, pero estaba evaluando si era apropiado decírmelo o si podía acarrearle algún perjuicio al generoso benefactor o a él mismo. Dejó transcurrir unos instantes hasta que sus recelos desaparecieron—. Fue maese Ocaña, el padre del estudiante de leyes, pero os suplico no me delatéis; eso podría perjudicar mi reputación.

—Descuide *vuesamerced* —le dije sin poder disimular mi alegría—, no saldrá de mi boca. Es bueno rodearse de hombres leales y *vuesamerced* lo es. Tendrá noticias mías.

Todo estaba preparado para mi viaje. Diego seguía sin aparecer. Supuse que estaría preparando su examen de boticario. A fin de cuentas es lo que le había aconsejado. Pero no podía irme sin ver al estudiante de leyes, que también seguía mi consejo. Ahora no salía de la universidad. Me había resignado a explicárselo por carta, desde Toledo, pero primero tendría que aprender a leer y a escribir. No pensaba confiar un asunto tan íntimo a un amanuense.

—¡Francisca! —la voz me resultaba tremendamente familiar y entrañable. Me volví sabiendo que era él.

—¡No sabes cuánto deseaba verte! —exclamé corriendo hacia él y dejando a un lado los formalismos. No quería dar una imagen de yegua desbocada. Pensé que no era propio de mi actual condición, pero hasta que no estuve a su lado no pude controlar mi ímpetu. ¿Qué me estaba pasando? ¿Cómo podía pensar algo así? ¿Acaso los títulos de mi padre me estaban volviendo una engreída? Me resultaba chocante. Eso mismo había pensado de Diego.

—Tal vez debería llamarte doña Francisca —me dijo, interrumpiendo mis pensamientos. Lo dijo en serio; no parecía una de sus antiguas bromas.

—¡Qué cosas se te ocurren! —le dije, riéndome.

—Sí, pero antes sabía lo que quería —dijo, como lamentándose—. Soñaba con hacerte mi esposa, con llevarte en carroza, limpia y perfumada. Incluso mi señor padre estaba conforme, pero ahora ya no me atrevo a proponerte tal cosa.

—¿Acaso no soy la misma, o es que ya no me quieres? —le dije, algo contrariada.

—Por supuesto que sí —respondió—, pero mi padre sólo es un ciudadano de poca renta, y en cambio tu padre... está demasiado elevado.

—Me conociste como mendiga y me trataste como a una reina —le respondí—. ¿Qué más puede pedir una mujer al hombre de sus sueños? ¿Qué más puede desear un padre para su hija? Mi señor padre

estará tan pagado como yo. —Supe que Juan José volvía a recuperar la confianza porque sus ojos azules brillaban de felicidad—. ¿Te acuerdas cuando temías que mi orgullo me jugara una mala pasada? Pues ya sabes de dónde me viene ese orgullo. Ahora llevo bonitos trajes, pero por dentro soy la misma. Créeme, nada ha cambiado. Sigo pensando que los que más tienen deben ayudar a su prójimo; que los haraganes deben encontrar su castigo como la gente honrada pan en la mesa... —el recuerdo de mis privaciones me estaba acelerando el pulso, pero me esforcé en controlarme, no quería asustarlo—. ¿Sueños de la mendiga de ayer? Tal vez. Ahora mi único sueño es irme contigo a Castilla, a Portugal, o a las Indias. Instalarnos en un lugar donde no haya señal de rueda de coche, donde nadie se eleve a costa de otros, donde nadie acumule lo que no va a gastar... —notaba que volvía a inquietarse—. Pero tranquilízate. Sólo es un sueño y ya no me gusta soñar. Hay que construir la casa por los cimientos, no por el tejado. Me bastará con corregir las injusticias que vea a mi alrededor sabiendo que tú estarás a mi lado.

—Por supuesto —dijo entusiasmado por la idea—. Seré tu leal abogado.

—Pero, ¡Juan José! —le dije sonriendo—, eso es ofrecerme muy poco. Te quiero como fiel marido y como leal abogado. Lo quiero todo —añadí sin dejar de sonreír.

—Así me tendrás, Francisca —me dijo.

—¡Dios, me doy miedo! ¡Estoy empezando a acumular! —exclamé con intención de recuperar la cordura y ahuyentar la sensiblería que nos estaba afeando la despedida—. Pero, con tu permiso, yo sí pienso gastar lo que estoy acumulando —añadí.

—¡Que cosas dices! —exclamó, y nos echamos a reír.

* * *

¿Te ha gustado el libro? Por favor, deja tu comentario en Amazon.

Sobre el autor

Carlos Valdelagua nos acerca a la gente corriente de una época de cambios, una época en la que el esplendor de unos pocos disimula la miseria de muchos. Una época en la que hay demasiados motivos para morir y demasiados pocos para vivir, pero a veces el destino abre una puerta a la esperanza.

Copyright y avisos

Copyright© 2017 Carlos Valdelagua
Copyright© del diseño de portada Carlos Valdelagua

Todos los derechos reservados.

Queda rigurosamente prohibida, bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, cualquier forma de reproducción total o parcial, distribución y comunicación públicas, transformación de la obra, así como la creación de obras o productos derivados de la misma, sin la autorización escrita de los titulares del copyright.

Esta es una obra de ficción. Los personajes, situaciones y entorno, son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

* * *

Si te gusta este libro, por favor respeta los derechos de su autor. Seguir vendiendo libros me permite dedicar más tiempo a escribirlos.